4988

ANTONIO PALOMERO

LOS GEMELOS

COMEDIA DE **PLAUTO**

ARREGLADA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

POR

TRISTAN BERNARD

ADAPTACIÓN CASTELLANA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

15

LOS GEMELOS

COMEDIA DE **PLAUTO**

ARREGLADA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

POR

TRISTAN BERNARD

ADAPTACIÓN CASTELLANA DE

Antonio Palomero

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 16 de Febrero de 1909

MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DEL PRÓLOGO	
EL AMA	Sra. Quijada.
UNA DONCELLA	Srta. Carbone (A.)
BELLOGÍN, padre	Sr. Santiago.
BERNÁLDEZ	González.
EL TÍO DE AMÉRICA	Bonafé.
DE LOS TRES ACTOS	
DOROTEA	Srta. Suárez.
CLEMENTINA	Pérez de Vargas.
DOÑA JUANA	Sra. Alba.
UNA DONCELLA	Srta. Bedoya.
BELLOGÍN, hijo, soltero	Sr. Santiago.
BELLOGÍN, hijo, marido de Clementina	Zorrilla.
GÓRRIZ	Ramírez.
BERNÁLDEZ	González.
FRANCISCO	Vilches.
JULIÁN	Suárez.
UN PINTOR	Molinero.
CILINDRO	Portes.
UN MÉDICO	Caba.
UN CRIADO	De Sala.

La acción del prólogo en Burdeos; la de los tres actos en el Sardinero de Santander treinta y siete años después

Derecha é izquierda, las del actor

CONFERENCIA DE ANTONIO PALOMERO

QUE PRECEDIÓ AL ESTRENO DE

LOS GEMELOS

EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

SEÑORAS Y SEÑORES:

Tristan Bernard, el admirable humorista francés autor del arreglo de *Los gemelos* de Plauto que vais á presenciar ahora mismo, dió una conferencia explicativa antes del estreno de su obra, siguiendo una costumbre muy generalizada en su país, como todos sabeis seguramente. Yo no he querido ser menos que mi colaborador accidental, y aquí me presento ante vosotros con una audacia que espero se me dispense, considerándola hija de mi buen deseo; como lo es, en efecto.

Y el caso es que apenas se me ocurrió la idea de sentirme conferenciante, la rechazé, asustado de la magnitud de la empresa. No ya por el temor natural en quien, como yo, solo se dirige siempre al público con el auxilio de los intermediarios propios de su profesión, sino, principalmente, por no creerme con la autoridad precisa para iniciar entre nosotros esta clase de trabajos. No se usa en España este género de oratoria sencilla y familiar y á veces erudita y bien

672727

documentada, que sirve para llamar la atención del espectador sobre la obra que se le ofrece, explicándole su tendencia ó su estructura, advirtiéndole tal ó cual particularidad interesante, presentándosela, en fin, del mismo modo que se presenta á una persona, para que no se llame á engaño, ni la exija lo que no estaría bien que la exigiera. Claro es que el autor original está libre de exponer un programa, puesto que sus personajes hablan por él y á ellos habrá que pedir cuentas del proceder de su padre; pero cuando se trate de presentar en nuestra escena nuevas dramaturgias, y tambien al desempolvar algunas joyas clásicas de las menos conocidas, ¿no sería oportuno servirle al público esa especie de *vermouht* para abrirle el apetito?... Aquí que seguimos sin titubear cuantas costumbres literarias gozan de justo crédito en otras partes, es verdaderamente extraño que hayamos olvidado éste, teniendo, como tenemos, espíritus cultísimos y hombres expertos que lucen en Ateneos y Academias las aptitudes exigidas para el caso... Pero ¡nada!... Entre nosotros, los oradores que se dirigen al público desde un teatro, solo se dedican á comentar la comedia política...

Por lo mismo que considero importante y necesaria la implantación de esta costumbre, me asustó mi temeridad al querer ensayarla y desistí en seguida de la idea. Pero ya se la había comunicado á un amigo, y este á un compañero, y este á varios más; empezarón á preguntarme unos y otros «¿y esa conferecia?...» «¿cuando va eso?...; se publicó la noticia en los periódicos...; y me encontré comprometido y castigado por mi propia culpa... Me ha ocurrido lo mismo que al pobre Jacinto Pérez, el héroe de un cuento de Fernanflor. El pobre Jacinto Pérez, dijo, confidencialmente, á un amigo, que pensaba suicidarse; el amigo le disuadió de su fatal propósito, pero dió la noticia á más señores que también disuadieron al presunto suicida. Y éste, que ya se resignaba á vivir, se vió de pronto acosado por las preguntas de todos: «¿cuando

te suicidas?...» ¡Y tuvo que suicidarse, para no quedar mal con los amigos!... Yo también me hallo ahora en situación análoga. Soy conferenciante, para no quedar mal con los amigos. ¡Lo que falta es que no quede mal con vosotros! Pero no quedaré. Vuestra benevolencia suplirá las faltas de mi ingenio, y así colaboraremos en la inauguración de una buena costumbre. Vamos «á sentar un precedente», cosa muy nacional. Yo, en prueba de gratitud, aseguro que no os amenazo con una larga y profusa disertación, sino que solo pienso que charlemos, lisa y llanamente, unos minutos; los bastantes para recordaros cuatro cosas, que teneis olvidadas de puro sabidas...

Mi papel de adaptador, y, por consecuencia, de parte interesada, debería obligarme á declarar que *Los gemelos* es la mejor comedia de Plauto. No me atrevo, sin embargo, á lanzar este juicio definitivo—que podría tener en su abono el de críticos muy competentes—recordando que hay tambien quien lleva sus preferencias hacia otras obras del mismo autor. Y si no temiera ofender vuestra ilustración, tambien os diría ahora—extrayéndolo, naturalmente, de los libros que todo escritor que en algo se estime guarda en su biblioteca—de cuán varia y diversa manera fué juzgado siempre el fecundo comediógrafo, á quién debió Roma la introducción de la comedia en su literatura, y cuya influencia en el teatro universal está debidamente comprobada.

Aun dura entre los comentaristas de la antigüedad clásica esta disparidad de opiniones, que, en difinitiva, viene siempre á resultar en mayor gloria de un autor. Aun dura también la división en los espíritus admirativos, que pocas veces pueden asociar en sus elogios dos nombres consagrados á una misma labor. Hablando del teatro latino, forzado se ve todo comentador a pronunciarse por Plauto ó por Terencio, como si se tratara de dos jefes de partido; y sin avenirse á reconocer las indiscutibles excelencias de cada cual, á cantar las de su admirado y negar en redondo las

del contrincante. ¡Lo que ocurre hoy, después de todo, y lo que ha ocurrido siempre, en todas partes!

Ya recordaréis que de Plauto se han hecho los más grandes elogios y también las mayores censuras. Para unos, es un autor cómico de primer orden, lleno de variedad en los tipos, de gracia en el diálogo, de novedad en los argumentos y en las situaciones. Para otros es por el contrario, un autor dedicado exclusivamente á contentar á la plebe sin reparar en los medios, abusando del lenguaje licencioso y presentando casi siempre los mismos personajes. Nadie ignora que entre sus mismos compatriotas hubo la propia disparidad y en ella se cuentan algunos grandes espíritus. Así, por ejemplo, Horacio le despreciaba y Cicerón le ponía sobre su cabeza.

Me complazco en declarar, no obstante, que son más los entusiastas que los agrios censores. Sí; y aparte la pureza de su estilo, que yo no puedo alabar desgraciadamente más que por cuenta ajena, los panegiristas le enaltecen como á un pintor de costumbres sincero y valeroso, á cuyas obras es preciso acudir para estudiar la sociedad de sus contemporáneos en lo que todas las sociedades tienen de más interesante; esto es, en la vida de las ideas comunes. Y le reconocen también un espíritu elevado, cuando desentrañan la verdadera finalidad de algunos de sus diálogos, propia de todo satírico que combate aquello mismo que presenta. Sí; son más los entusiastas que los censores de Plauto. Así lo he comprobado estos días, al tomar el ligero baño de impresión literaria que me pareció necesario como preparatorio de esta conferencia. Si alguno de los que me escuchan participa de la opinión de Horacio sobre nuestro poeta, yo le ruego que la olvide en este momento; y si no le basta mi palabra, crea la de Cicerón... Reunidos aquí para ensalzar á Plauto, sería desagradable que nos dedicáramos á hablar mal de él, como se acostumbra, en casi todas las reuniones, del amigo ausente.

Pero volviendo á *Los gemelos*, convengamos en que

si no es la mejor comedia de Plauto, es por lo menos la que ha tenido mayor fortuna de todas las suyas, sin excluir el *Anfitrión* que el genio de Moliere supo incorporar al teatro de su patria. Cualquiera que abra una colección de sus obras, se encontrará en la correspondiente advertencia preliminar, ó en el estudio, ó en el juicio crítico, una lista de autores que tradujeron ó arreglaron á sus respectivos idiomas estos *Menemnos* que Plauto escribió y representó cuando tenía diez y siete años de edad, según la opinión más generalizada. Con el mismo título figura en todos los teatros del mundo y siempre regocijó á los espectadores. Falta añadir á esa lista los nombres de las imitaciones, de los fusilamientos, de las suplantaciones de todo género que ha merecido la famosa comedia. A poco que hagais memoria, recordaréis algunas que circulan entre nosotros sin la debida declaración de paternidad. La que yo os ofrezco viene directamente del original, y espero que ya que otras veces aplaudistéis á los que desplumaron á Plauto, hoy le aplaudiréis á él, que fué quien trajo las gallinas, aunque según dicen, eran de procedencia griega. Ya sabéis que el colosal Guillermo Shakespeare, se inspiró también en *Los menemnos* para escribir su *Comedia de los errores* ó *de las equivocaciones*, que de ambos modos puede decirse... Así, pues, al encargarme el arreglo que vais á presenciar, mi amigo el empresario de este teatro me ha otorgado inconscientemente el derecho á llamarme compañero de Shakespeare, aunque solo sea de comer almejas... como dijo el otro.

En España las traducciones de Plauto, no han tenido, en verdad, la duración que las de otros países, Claro es que no me refiero á las traducciones literarias hechas por nuestros doctos humanistas, que pueden resistir todas las competencias, sino á las que se hicieren para ser representadas. *Los menemnos*, arreglados por Juan de Timoneda, no vivieron sobre la escena más que en su tiempo, cuando nuestro teatro alboreaba, antes naturalmente de que el inmenso

Lope le inculcase toda la fuerza, toda la poesía, todo el vigor de la raza, marcándole con ese sello esplendoroso é incorfundible, que es una de las más puras glorias nacionales. El arreglo de Timoneda es excelente, y aun excelentísimo; pero sería irrepresentable en nuestros días. Está hecho muy al gusto de la época, como lo demuestra, entre otros detalles, la conversión del parásito de la comedia latina en un «simple» personaje muy usado por entonces y, que, fué, sin duda, el gérmen del gracioso que hasta hace pocos años ha prestado tan buenos servicios á nuestros autores cómicos y dramáticos. Este «simple», que se llama Talega, hace una porción de frases y de chistes en latín macarrónico, que no dejan de tener gracia. El arreglo está dialogado con un desenfado y con un atrevimiento que nada tienen que envidiar á su modelo.

Una comedia como ésta que hizo reir á los romanos hace veintidós siglos, que ha divertido después á tantas generaciones y que hoy se representa, con los ligeros retoques de un adaptador de buena fe, por fuerza ha de tener un fondo de humanidad que la preserve del olvido.. ! Lo tiene en efecto... ¿Hay nada tan humano como la risa que nos produce el projimo, cuando le vemos en una situación comprometid. ?... Este es el argumento de *Los gemelos*, desarrollado con toda la sencillez precisa para que sea natural y tenga la debida apariencia de verosimilitud. Los dos hermanos mellizos, que vivían alejados y desconocidos por azares del destino, se parecen como dos gotas de agua, cosa natural en dos gemelos. Y antes de encontrarse, las gentes los confunden, lo cual origina las situaciones respectivamente comprometidas para cada uno de ellos. Ya véis que el recurso para promover la risa, ni aun mirado con acritud es cruel, pues ni se exhibe ningún defecto fisico, ni se trata tampoco de nada que lleve aparejado un dolor, ni siquiera una inquietud moral; casos en los cuales puede ser la risa reprochable ó censurada.

Tal vez alguien diga que esto resulta un poco primitivo, algo inocente. Y acaso tenga razón. Pero á sí mismo puede contestarse, recordando la fecha en que se escribieron *Los menemnos*, y, sobre todo, cuando el espectáculo de su propia realidad le haga ser espectador y aun actor de parecidas inocencias, de que está llena hasta la vida más complicada. Y sin salirse del mismo terreno teatral, puede también traer á su memoria una porción de comedias, y que hoy mismo se representan con éxito ruidoso, donde se acumulan los incidentes de una manera tan ilógica y tan absurda que no serían soportados sin una inmensa cantidad de buena fe y de candor, virtudes que aun existen aunque las creyéramos desterradas del mundo.

Y estas obras forman todo un género, aclimatado aquí y allá con el nombre de vodevil... Y estos quid pro quos», originados por la confusión de dos personas, han abastecido todos los teatros nacionales y extranjeros.

Sin embargo; en *Los menemnos* no se llega á esos extremos que nuestro insigne sainetero D. Tomás Luceño observaba en el repertorio de sus mejores tiempos, y que le inspiraron esta graciosa receta para escribir piezas cómicas:

«Está un matrimonio joven
aguardando á una paciega,
y aparece un gastador
que se equivoca de puerta.
Aunque ven que tiene barba
que usa ros y cartuchera,
se obstinan en que aquel hombre
es la muchacha que esperan.
Quiere hablar, pero es inútil
no hay un alma que le atienda
y es natural, porque entonces
se acababa la comedia.
Sin más ni más, traen al chico
al militar se le entregan
y da risa al presenciar
que pasa la pena negra
mirando al reciennacido,
que busca lo que no encuentra.

De lo cual, *lógicamente*,
es justo que sobrevengan
las situaciones más cómicas
que se vieron en la escena,
como vestir al soldado
con chaquetilla de seda,
refajo de color grana
y pañuelo á la cabeza.
De pronto los personajes,
que durante la comedia
discurrieron como idiotas,
recobran la inteligencia;
y «¡ahora lo comprendo todo!»
dicen en la última escena,
y demandan un aplauso
que casi nunca les niegan.»

.....

No. En *Los gemelos*, no se toma á un cabo de gastadores por un ama de cría. Se confunde á un hombre con su hermano mellizo, lo cual no es tan extraño como pudiera parecer á simple vista... Recuerdo haber leído no se cuándo, ni tampoco dónde, una especie de teoría científica que asegura que toda persona tiene en el mundo su semejante. No sé si esto será verdad; lo indudable es que á casi todos nos ha pasado alguna vez el desagradable incidente de hablar con un sujeto á quien luego hemos tenido que decir, un poco azorados: «usted perdone. Creí que era usted Fulano de tal»... No hablemos de los saludos que se extravían por esos mundos, por llevar equivocada la dirección... Y yo he oído referir que vivían en Madrid, no hace muchos años dos hermanos, tenientes ambos de artillería, tan exacta y rigurosamente parecidos, que cuando uno de ellos, que tenía novia, estaba de servicio, iba el otro á pelar la pava en su puesto, para que el amor no cayera en falta. De todos modos, es de suponer que el novio no entraba aun en la casa, y que la escena sería del balcón á la calle.

Basta con lo dicho para explicar un poco *Los menemnos* á la usanza del clásico prólogo—hoy resuci-

tado por nuestro gran Benavente y en otra forma por el ilustre Linares Rivas—sin atentar por completo al interés que pueda inspiraros su representación. Ahora debo añadir que, á mi juicio, de todos los arreglos teatrales de esta comedia, el mejor es el de Tristan Bernard, que actualmente se representa en París con gran éxito y que yo me he permitido adaptar á nuestra escena con todo el cuidado posible.

Tristan Bernard ha conservado naturalmente el argumento y las situaciones de Plauto, si bien un poco modificadas con sujeción al gusto de nuestro tiempo que exige mayor vivacidad en esta clase de obras, más movimiento escénico. Ha hecho, sin embargo, una variación un poco fundamental que á mi me parece bastante acertada. Ya sabéis que en *Los menemnos* de Plauto, uno de los hermanos conoce la existencia del otro, y sale á correr el mundo decidido á encontrarle hasta que lo consigue en Epidamnio, un puerto del Adriático que hoy llamamos Durazzo y forma parte de la Albania. ¡Bello país á cuya corona aspira un compatriota nuestro; dicho sea de paso!...

Eran los dos gemelos hijos de un comerciante de Siracusa, y uno de ellos se extravió en Tarento á la edad de siete años cuando iba con su padre para dedicarse al comercio. Recogido por otro comerciante de Epidamnio, en este puerto transcurre su vida hasta el encuentro fraternal con que finaliza la comedia. El padre de *Los menemnos* muere de dolor por la pérdida del hijo, y el abuelo da al otro gemelo el mismo nombre que tenía el perdido... Todo esto se explica en el prólogo, que es sin disputa uno de los más graciosos de Plauto, lleno de verdadera ironía. Plauto, burlándose de sus contemporáneos que solo gustaban de ver en la escena de Roma las obras griegas, les dice: «el argumento de esta comedia tiene algo de griego, sin ser completamente ático»... Comprobemos una vez más que la manía de extranjerización literaria tiene una larga fecha... En nuestro tiempo, París viene á ser Atenas. Por eso cualquier

obra francesa, sólo por serlo, parece que adquiere ante nuestros ojos mayor prestigio.

Como os decía, en *Los menemnos* de Plauto uno de los hermanos conoce la existencia del otro. Todos los arregladores han conservado este conocimiento. Pero Tristan Bernard ha pensado cuerdamente que esto resultaría inadmisible en el momento de comenzar la comedia. Porque al llegar el hermano buscando á su mellizo, claro es que en cuanto una persona le llamara por su nombre, diría: «aquí está el que busco» y ya no hay enredo posible. Por eso le ha parecido mejor á Tristan Bernard que ninguno de los dos hermanos conozca la existencia del otro, y para justificarlo ha escrito un prólogo original donde se hace el cambio de los gemelos á la vista del público, poniéndole ya, como si dijéramos, en el secreto. Ha creado también un amigo del padre á cuyo cargo corre el desenlace de la comedia, y ha retocado, como antes os decía, alguna que otra situación para darla más aspecto de modernidad. Asimismo ha convertido en suegra al suegro de la comedia latina, comprendiendo que las madres políticas son siempre en el teatro más regocijadas que los padres de la misma índole. No teman las que me escuchen ninguna molestia para la clase. La suegra que aparecerá dentro de un rato en este escenario es una señora muy estimable.

Estos cambios que acabo de indicaros y la intervención de un personaje episódico, un pintor mareado por el alcohol tanto como por la pintura, son las únicas modificaciones introducidas en el original al hacer esta moderna adaptación de *Los menemnos*. Tristan Bernard ha respetado, pues, lo que era verdaderamente intangible; los caracteres de Plauto y los resortes cómicos necesarios para la acción, que la conservan su natural frescura. Los personajes principales harán y dirán ante vosotros lo mismo que hicieron y dijeron en la remotísima fecha de su venida al mundo. Lo cual si bien se considera, puede servirnos como documento histórico, ya que nos permite com-

probar que la humanidad ha sido, es y será fundamen talmente la misma. En Roma, como en París y como en Madrid, doscientos años antes de Jesucristo y 1909 después, las esposas suelen tener mal genio para con sus maridos; los maridos se permiten algunas distracciones fuera del hogar; hay criados más ó menos fieles, cocineros alegres, amigos gorrones y otra porción de cosas que colaboran, después de todo, en la buena obra de disipar el tedio y la monotonía de la existencia...

Para conservar á la comedia de Plauto su eterna frescura, Tristan Bernard ha tenido que remozar el diálogo, no en sus ideas sino en sus palabras que, como todos sabemos, es lo único que se renueva con el tiempo. Para justificarlo, dijo en su conferencia algo tan oportuno como penetrante, que yo voy á reproducir para que os llevéis de este rato de charla un buen recuerdo:

«Estoy convencido de que las obras cómicas no gustan por completo, si sus personajes no emplean las mismas palabras que los espectadores; porque solo el idioma actual, es el que posee la verdadera intensidad y fuerza de penetración.

Esto se explica fácilmente, considerando que el lenguaje cómico es el que nos sirve para nuestras intimidades y discusiones. Cuando una persona dice á otra «que bruto eres», por ejemplo, durante doce años seguidos, la expresión acaba por perder toda su fuerza y es necesario emplear otra para el mismo efecto. Esto demuestra la necesidad de renovar constantemente el fondo del lenguaje de que no servimos para la vida ordinaria.

Otra cosa es el lenguaje noble y elevado que se usa en las comedias dramáticas y en las tragedias y que no circula tanto entre los hombres. Hasta las gentes más honorables pasan á lo mejor un par de meses sin pronunciar las palabras de honor, generosidad, valor, heroismo, etc , etc.; por eso se conservan durante mucho tiempo, y cuando las emplean los

autores dramáticos parecen casi nuevas de tan poco usadas».

Permitidme ahora que justifique mi trabajo para responder á vuestras posibles preguntas como respondería un procesado desde el banquillo. Si os repito que hice esta adaptación con todo el cuidado posible, ya comprenderéis que mi labor de adaptador ha sido bien sencilla, puesto que me encontré formados los materiales y sólo tuve que procurar que no se derrumbaran.

Dócil á las instrucciones de Tristan Bernard, me cuidé de no quitar la animación á su diálogo, y he empleado las palabras de uso corriente en nuestra conversación con el propio desaliño que en la conversación se observa. Tristan Bernard localiza el prólogo en Brigthon y los tres actos en el Havre. Yo he querido hacer españoles á sus personajes, ya que lo que les ocurre puede suceder en España lo mismo que en China, sin el menor inconveniente. Para nacionalizarlos no tuve que ir á ninguna oficina; me bastó ponerles nombres y apellidos de los nuestros, llevarlos á Santander y encargar una decoración del Sardinero, que por sí sola dará á los tres actos todo el color local que necesitan. He puesto á la viudita alegre—que en el original y en el arreglo es otra cosa mucho más alegre—el nombre de Dorotea, como la llamó nuestro Timoneda, para rendir un sencillo homenaje á este peregrino ingenio. El tipo del parásito en latín «Penículus»—, pues Plauto acostumbraba á usar nombres un poco simbólicos—ha podido conservar en francés su verdadera significación, ya que «Labrosse» parece un apellido. En castellano resulta un poco extravagante decir «el Sr. Cepillo» aunque no disuene del todo... Le llamaremos Górriz, que al fin y al cabo viene á indicar con igual transparencia lo que hace el amigo en este pícaro mundo...

Os confesaré, que guiado por un escrúpulo literario, tal vez excesivo, traduje también *Los menemnos* de Plauto íntegramente, para comprobar la adapta-

ción de Tristan Bernard. Les traduje del francés, naturalmente, de la colección Nisard, que, como sabéis, tiene el texto latino en los sótanos... Y al ver allí el latín aherrojado y solitario, sentí de nuevo el dolor que el desconocimiento de tan hermoso idioma me ha producido tantas veces... ¡Ay!... Yo, como casi todo el mundo, y aunque me esté mal el decirlo, obtuve la honrosa calificación de sobresaliente en latín, en mi más tierna infancia; y ahora, próximo á llegar á la madurez, tengo que declarar que lo ignoro por completo. No voy á decir que no sé una palabra por que esto sería injusto. Sé hasta algunas frases, como *Similia similibus*, *Si vis pacem para bellum*, *Dominus vobiscum*, etc., etc...; pero ellas no me bastan para visitar en su propio domicilio á aquellos grandes hombres de memoria perdurable, cuyas obras han de llegar hasta mí por ajenas manos. Yo hubiese querido saber latín para traducir á Plauto; como quisiera saberlo para leer á Horacio, para saborear á Catulo, para descorrer el velo que un modesto é ignorado humanista echó, púdicamente, sobre la musa de Straton, según se hace constar en la dedicatoria de la Antología Griega... ¡Pero ya es tarde para remediarlo, aunque para lamentarlo siempre sea tiempo!

Los traductores de los clásicos griegos y latinos, conocen ya esta general ignorancia y dejan en latín los pasajes escabrosos de las obras que traducen á los idiomas modernos. Siempre que llego á tales lugares, envidio con toda mi alma á los eruditos y á los seminaristas, que con ese idioma pueden entrar en todos los rincones prohibidos á los profanos.

Y voy á terminar, porque ya he usado largamente de vuestra benevolencia y os dije también cuanto tenía que deciros. Vais á pasar á casa de Plauto, guiados por Tristan Bernard, después que el portero os aburrió un momento con su charla. Ahora hallaréis la compensación... No os pido gracia para la comedia, porque, seguramente, os divertirá como ha divertido á todos los públicos. Si no os entretiene, yo

no me consolaré á mi mismo como nuestro inolvidable Taboada quiso consolarse y consolar á su colaborador González Llana, después de un arreglo de Sardou que fué protestado: «¡Anda; para que te fíes de Sardou!»... No. Yo me echaré la culpa; y al no creer que os desagradó Plauto, pensaré que fué mi adaptación la rechazada... Entonces me encerraré en mi modesto cuarto de trabajo, y evocando delante de *Los menemnos* el espíritu del comediógrafo inmortal, le diré todo compungido: «Accio, perdona que te haya estropeado la comedia».

PRÓLOGO

En Burdeos. Sala modesta en casa de Bellogín, padre. Puertas al foro y laterales

ESCENA PRIMERA

BELLOGÍN, la DONCELLA y luego el AMA

BELL. P. (A la puerta derecha.) ¡Elise, Elise!

DONC. (Saliendo.) ¡Monsieur!...

BELL. P. (Pronunciando mal.) ¿Voulez-vous apporter une bouteille d'eau-de-vie pour mon oncle, dans la salle á manger?

DONC. (Acento francés.) ¿Como, señor?

BELL. P. Que si quiere usted poner una botella de aguardiente para mi tío en el comedor... Ya sabe usted que le gusta tomar una copita por la mañana.

DONC. Bien, señor. (Mutis.)

BELL. P. ¡Está visto que cada vez hablo peor el francés!... (Va á la puerta izquierda y llama.) Ama, ama...

AMA (Saliendo.) Señorito...

BELL. P. ¿Tiene usted ya todo preparado? ¿Está usted dispuesta para marcharse?

AMA Sí señor.

BELL. P. Perfectamente.. ¡Por Dios, que no se la escape nunca nada!

AMA Descuide usted; que yo se guardar un secreto.

BELL. P. Y si durante los pocos minutos que va usted á estar aquí todavía, la viera á usted mi tío, el que ha venido de América, ya sabe usted lo que no se le puede decir y lo que ha de responderle si la pregunta...

AMA Sí señor, sí... Puede usted estar tranquilo, que no me equivocaré.

BELL. P. Tengo confianza en usted y por eso la hice venir de su tierra... Conozco á su familia.

AMA Pues porque conozco á la familia del señor he venido yo á este maldito pueblo de franchutes, que si no...

BELL. P. Bueno, mujer, pero ya se marcha... Esta misma tarde estará usted camino de Santander. Sobre todo, tenga cuidado de no marearse.

AMA Sí que lo tendré, porque le sentaría mal al niño. Pero puede usted estar tranquilo, porque al venir no me pasó nada, y eso que la mar estaba muy alborotada Y dígame... ¿qué tengo que hacer para embarcarme?

BELL. P. ¡Chist!... ¡No hable usted de eso!... ¡No diga usted nada!... Mi amigo Bernáldez debe llegar de un momento á otro y él se encargará de todo. . Usted se va con él.

AMA Lo que usted disponga. Ya le he dicho que estoy segura de no marearme; pero, ¿y el niño? ¡Una criatura de tres semanas!

BELL. P. ¡Bah!... ¡A esa edad no hay quien se maree! Además, como le llevará usted en brazos, no sentirá las sacudidas del barco si la mar está dura. (Se oye dentro la voz del tío.) ¡Mi tío! Márchese usted ¡y mucho ojo! (Mutis el Ama por la izquierda.)

ESCENA II

BELLOGIN, el TIO, seguido de un HOMBRE que trae unos paquetes

T. AMÉR. (Al Hombre.) Laisse vous les paquets dans le chaisse. Je vous donneré un franc pour votre service. (A Bellogín.) ¿Tienes ahí un franco?

BELL. P. (Se lo da.) Ahí va, tío.

T. AMÉR. (Da la moneda al hombre y éste se va.) No sabes los apuros que paso para entenderme en este país. He aprendido el francés en América, por necesidades de mis negocios, pero sin duda en Francia hay que hablarlo de otra manera, porque á mí me resulta nuevo.

BELL. P. Pues yo hace tres años que vivo aquí y no he podido lograr que me entiendan mis criados hasta que ellos han aprendido el castellano. ¡Por lo visto, el estudio de las lenguas no es el fuerte de nuestra familia!

T. AMÉR. ¿Hace ya tres años que estás en Burdeos? ¡Cómo pasa el tiempo!

BELL. P. Sí, tío. Establecí aquí el sesenta y siete mi tiendecita de «Novedades españolas» y poco á poco voy abriéndome camino... Estoy satisfecho. Y veo que el expatriarse da buen resultado entre los Bellogín, puesto que á usted no le ha ido mal en América... Bien que yo no puedo compararme con usted.

T. AMÉR. No me ha ido mal, es verdad; pero tú no sabes lo que he luchado, lo que he trabajado... He sido cuanto hay que ser en este mundo: es decir, en el otro... He hecho las cosas más raras... ¡Con decirte que hasta fuí inventor! ..

BELL. P. ¿Inventor?

T. AMÉR. Sí... Inventé una especie de producto químico para blanquear á los negros... ¡Figúrate!

BELL. P. ¿Y dió resultado?

T. AMÉR. Los negros dejaban de ser negros, pero sin llegar á volverse blancos.

BELL. P. ¡Vamos!...

T. AMÉR. Su piel adquiría un tono gris pálido, bastante desagradable á la vista, pero nada más... En fin, vendí la patente, perdí el dinero en otras empresas, me asocié luego con un italiano... Pero la historia es larga y ahora no es ocasión de que te la cuente. Sólo te repetiré que he luchado mucho. Sí: y he trabajado como un negro; no de los grises, sino de los verdaderos.

BELL. P. ¡Pero con éxito!

T. AMÉR. Eso sí. He conseguido reunir una cantidad respetable, que un día será tuya...

BELL. P. Querido tío... No hablemos de cosas tristes...

T. AMÉR. Nada más natural, después de todo, puesto que eres mi pariente más cercano... Ahora, que ya sabes lo que te dije cuando te escribí participándote mi resolución: mi fortuna será tuya y tú se la dejarás á tu único hijo... Es decir; que no podrás tener otro hijo después de ese, porque entonces te desheredaría... Es un capricho tonto, ridículo, como quieras, pero lo impongo por única condición .. ¡No quiero que mi fortuna se pierda en particiones, porque serviría de muy poco provecho!.. Ya lo sabes; tú eres mi heredero natural, pero aun tengo el derecho de olvidarte y dejárselo todo á una prima segunda que vive en Salamanca.

BELL. P. Tío, por Dios; no hablemos más de eso... Lo que yo deseo es que disfrute usted mucho tiempo de su dinero.

T. AMÉR. Y yo también, pero hay que estar prevenidos. Por suerte, ya tienes un chico de tres semanas, que será á su vez el que coja los cuartos .. Pero fíjate bien; no puedes tener otro. ¡Esto es lo exigido!

BELL. P. Le prometo respetar su voluntad... ¡No tendré otro hijo!

T. AMÉR. Y á todo esto, aun no le dí los buenos días al angelito .. (Dirigiéndose á la puerta izquierda) Voy á dárselos.

BELL. P. (Precipitándose á detenerle.) No, no entre usted ahora, tiito... Le está vistiendo el ama...

T. AMÉR. ¿El ama?... Creí que lo criaba tu mujer...

BELL. P. El ama seca, tío... Hemos tomado un ama seca.

T. AMÉR. ¡Hola, hola!... Veo que os cuidais... Dime tú si con tantos gastos os vendrán mal esas pesetejas.

BELL. P. ¡Otra vez, tío!... No hablemos más de eso... Hasta luego.

T. AMÉR. ¿Te vas?

BELL. P. No, yo no... Usted es quien debe salir á dar un vistazo por el puerto... El puerto en Burdeos es digno de verse (Mirando su reloj.) á las diez menos veinte de la mañana. No debe usted deperdiciar la ocasión porque hoy hace un gran día y mañana puede estar nublado.

T. AMÉR. ¿Tú también tienes esa manía? Lo más terrible en cuanto llega uno á cualquier parte, es que le hagan admirar las vistas á la fuerza. He recorrido países bastante mejores que este sin mirarlos siquiera.

BELL. P. Al puerto, al puerto y ya me dirá usted si le gusta. Cuando vuelva verá usted al pequeño que ya estará arregladito...

T. AMÉR. Sí, voy á salir, pero no al puerto, sino á encargar una cosa que he olvidado... En seguida vengo.

BELL. P. Sí, sí; en seguida... Dentro de dos horas, ó tres, ó de cuatro. (Mutis el tío por la derecha.)

ESCENA III

BELLOGÍN; luego la DONCELLA; después BERNALDEZ

BELL. P. ¡Creí que no acababa de marcharse!... ¡Señor, Señor!... ¡Qué absurdo se le ha ido á ocurrir á mi tío para complicarme la vida!... Pero no hay más remedio que aceptarlo, si no quiero que se me escape la futura breva... Ahora sólo falta que Bernaldez no venga hoy y me fastidia... ¿Cómo voy á seguir ocultando la verdad, sin que alguien se entere y lo eche todo á perder en un momento?... ¡Qué apuros, qué compromiso, qué intranquilidad...! Y todo por...

DONC (Por la derecha.) Señor... Aquí hay un caballero que pregunta por el señor...

BELL. P. ¡Que pase! (Mutis la Doncella.) ¿Será él?... (Sale Bernaldez; trae un saquito de mano.) ¡Sí, él es! (Se abrazan.) ¡Ay, amigo mío! ¡Pensé que no llegabas nunca.

BER. Pues aquí me tienes... Recibí tu aviso hace cuatro días, pero no pude venir tan pronto

como tú deseabas; por eso te escribí diciéndote que hasta hoy no me tendrías á tus órdenes...

BELL. P. Y ya estaba yo impacientísimo...

BER. Pues mira, por poco no nos vemos... Como no me he embarcado nunca, el viajecito me ha sentado como un tiro... Vengo muerto, completamente muerto.

BELL. P. No lo creas; traes muy buen aspecto... Y pronto lo tendrás mejor, porque vas á embarcarte inmediatamente.

BER. ¿Cómo? ¿A embarcarme? ¿Cuándo? ¿Para dónde?

BELL. P. Ahora mismo... Es preciso que te vuelvas á Santander.

BER. ¿Y para esto me necesitabas? ¿Para despedirme apenas he llegado?

BELL. P. Sí, querido Bernaldez... Es indispensable que te vayas en seguida... Vas á saberlo todo...

BER. Habla... Pero antes dime, se me olvidaba preguntártelo, ¿y tu mujer? ¿Salió bien del paso?

BELL. P. ¡Ay Dios mío!

BER. ¿Cómo? ¿No está bien?

BELL. P. Sí; perfectamente.

BER. ¿Y el niño?

BELL. P. ¡Magnífico!... ¡Pero si tú supieras!.., En fin, vas á enterarte del por qué de tu viaje... Yo no te hubiera dicho nada de lo que voy á decirte, si no necesitara de tí; pero como te necesito, voy á confiarte un secreto terrible. Un secreto que no sabe nadie más que el médico, le madre, la doncella, el ama y yo... Sobre todo te exijo que no lo descubras; si se lo dijeras á alguien, sería mi ruina... Mi mujer ha tenido dos niños.

BER. ¡Hombre!... ¿Y eso puede ser tu ruina? ¿Es que no tienes para criarlos?

BELL. P. ¡Qué bruto eres, qué bruto!... Veo que el mar no te ha espabilado.

BER. Nunca he dicho que me espabilara.

BELL. P. ¿No te figuras que por algo te he dicho que se trata de un secreto? Mi tío, el que estaba en América, ha venido á Burdeos. Es inmen-

samente rico y me ha nombrado su heredero, con la condición de que no he de tener más que un hijo: sólo... ¿Comprendes ahora?

BER. ¡Ah, vamos!... Sí, sí...

BELL. P. Es una estupidez, pero ¿qué voy á hacer sino resignarme?... Ya ves en qué compromiso me encuentro.

BER. ¡Verdaderamente, es muy desagradable lo que te sucede...!

BELL. P. Es que no quiero que me suceda. Es necesario que mi tío no sepa que, sin querer, me he burlado ya de sus propósitos... El está bastante viejo y debe vivir muy pocos años... ¡Que al menos hasta después de muerto, ignore la existencia de ese niño! Siendo yo su heredero natural, ya veremos cómo me las arreglo en su día... Por eso te mandé llamar con tanta prisa... ¡Quiero confiarte esa criatura! Te la vas á llevar y á cuidarla como una madre.

BER. Te agradezco la confianza; y si me hubieras dicho que yo venía aquí para ser madre, no me hubiese retrasado tanto.

BELL. P. Vas á llevarte el niño á Santander, y mi mujer y yo iremos á verle en cuanto podamos. Mi mujer está delicadilla. Figúrate; con el trance en que se ha visto, y la zozobra en que está por lo del tío... Y como, además, se ha empeñado en criar á Aquiles, el otro muñeco, el que se queda con nosotros.

BER. Oye, y al otro, ¿quién va á criarlo?

BELL. P. Tú, no; tranquilízate.. Vas á encargarte también del ama. Ya tengo arreglado vuestro viaje, y por eso temía que no vinieras hoy. Esta tarde sale para Santander un vapor mercante, que manda un capitán amigo mío; en su camarote iréis perfectamente... Unas horas se pasan bien en cualquier parte.

BER. Pero ¿y al niño; no le sentará mal la travesía?

BELL. P. ¡Quiá!... ¡Irá muy cómodo en los brazos del ama!... Voy á enseñártele; verás qué hermoso está... Como el otro, por supuesto... Se parecen de una manera tan asombrosa, que

hemos tenido que ponerles en el gorrito un lazo de distinto color á cada uno para distinguirles... Voy á buscarle. (Mutis por la izquierda.)

BER. ¿Cómo iba yo á sospechar á lo que venía?... Yo que nunca me quise casar, por miedo á los chicos, ahora me encuentro con uno sin casarme... Pero no puedo rehusar... (Sin entusiasmo.) Después de todo, estoy contento... Dicen que es muy agradable tener un niño... Ya lo veremos...

BELL. P. (Sale con el chico.) Aquí le tienes. Mira á Robertito, con su cintita rosa...

BER. (Sin emoción.) Está muy mono, muy mono... Me dan miedo estos seres tan pequeños y tan frágiles... Me parece que los voy á romper en cuanto los toque...

BELL. P. Hoy, precisamente, cumple veinticinco días.

BER. ¡No los representa!

BELL. P. ¿Cómo que no los representa?

BER. Bueno; los representa si tú quieres... Te lo decía como un cumplido...

BELL. P. Pues es una descortesía... A los niños hay que decirles que representan más edad de la que tienen..

BER. Dispensa... No estoy acostumbrado más que á las personas mayores.

BELL. P. ¡Angelito!... Se me parte el corazón al abandonarle, pero bien sabe Dios que lo hago por su felicidad... Los primeros años de su vida le serán más duros que á su hermano... A él le ha tocado, porque yo no quise hacer preferencias y lo eché á la suerte... ¡Pobre hijo mío! En vez de educarse como Aquiles, en el seno de su amante familia y entre personas inteligentes, se va lejos de aquí, con una nodriza mercenaria, junto á un solterón egoista que no sabrá sentir los dulces goces de la paternidad...

BER. Hombre, que estoy aquí ... No tengas cuidado, que ya procuraré que no le falte nada...

BELL. P. Tú harás lo que buenamente puedas, y yo no te exigiré más... Toda la vida has sido muy servicial, y poco amigo de que se te agradezcan los favores...

BER. Créeme que estoy en lo cierto.

BELL. P. Es verdad .. El mundo está poblado de ingratos, y hay que seguir la ley del mundo... Tienes razón... Mira; no dejes de ponerme una nota con los primeros gastos... Ya te devolveré lo que sea, así como las dos mil pesetas que te debo...

BER. ¡No corren prisa!...

BELL. P. Ya sé que no corren prisa; no tienes necesidad de decírmelo... Es poco delicado que me lo digas, porque parece como si creyeras que lo he olvidado. No he pensado jamás en esa deuda, porque sé que te disgusta que se recuerden tus servicios... Me harás la justicia de creer que nunca te hice la ofensa de agradecértelo...

BER. ¡Tú eres un verdadero amigo! (Se oye toser al tío.)

BELL. P. ¡Cuidado, por Dios, que viene mi tío! Toma... (Le da el chico á Bernáldez.)

ESCENA IV

DICHOS y el TÍO. Luego la DONCELLA

T. AMÉR. (Por la derecha.) Ya hice el encarguito.

BELL. P. (A Bernáldez.) Por fortuna los niños son iguales... Tomará á este por el otro.

T. AMÉR. (A Bellogín.) ¿Es un dependiente tuyo?

BELL. P. No: es un amigo, mi mejor amigo. El señor Bernáldez. (Presentándole.)

T. AMÉR. Mucho gusto... ¡Calle!... Pero si está aquí mi sobrinillo. (Le toma en sus brazos.) Buenos días, muñeco... ¡Qué guapo es! Hombre, hombre. (Mirándole el lazo.) Llama á la muchacha.

BELL. P (A la derecha.) Elise, Elise.

DONC. (Saliendo.) ¿Qué manda el señor?

T. AMÉR. Traiga usted una cintita azul para este gorrito. (Mutis la doncella.) No sé por qué le pusisteis hoy este lazo rosa, sabiendo que no me gusta ese color .. Me gusta el azul y al niño también; ¿verdad, rico? (Entra la doncella

con la cinta.) Voy á ponérsela yo mismo... Téngale usted... (La doncella tiene al niño mientras el tío le cambia la cinta.)

BELL. P. (Aparte á Bernáldez.) Ya ves que esta situación es insostenible. Os tenéis que marchar inmediatamente.

BER. Puesto que el barco no sale hasta por la tarde, déjame dar un vistazo por la ciudad... No conozco Burdeos y tenía muchas ganas de venir... Ya que estoy aquí...

BELL. P. ¡Bravo! Pensabas hacer un viajecito de recreo... ¡Estos son los amigos! Tienes que marcharte ahora mismo; yo os acompañaré hasta que quedéis embarcados.

T. AMÉR. (Que acabó de arreglar al chico.) ¡Ajajá!... ¿Ves cómo este color le sienta mejor á la cara...?

BELL. P. (Se lo quita.) Démele usted, no vaya á hacer algo propio de la edad.

T. AMÉR. ¿Y eso qué importa?

BELL. P. Supongo que no se irá usted al hotel, y que almorzará con nosotros.

T. AMÉR. Con mucho gusto... Y tu amigo, ¿también?

BELL. P. No; él no almuerza... Se va. Se marcha... ¡Oh! Usted no le conoce; siempre de viaje, siempre por esos caminos. Elise; lleve usted al tío al comedor y dele una copita de aguardiente, ó dos, ó las que él quiera...

T. AMÉR. Vamos allá. (A Bernáldez.) Servidor de usted.

BER. Lo mismo digo. (Mutis por el foro el tío y la doncella.)

BELL. P. No hay un minuto que perder... ¡Voy á darle el niño al ama! (Mutis izquierda.)

BER. Lo único que me fastidia es volverme á embarcar... ¡Y ahora mismo! Sin soltar un mareo, voy á pescar otro.

BELL. P. (Sale sin el niño.) No está aquí... Y puede que aun no esté preparada para marcharse, y eso que se lo dije... ¿Dónde se habrá metido? (Por todas las puertas.) ¡Ama! ¡Ama!

ESCENA V

DICHOS y el AMA

AMA (Sale por la derecha.) ¡Señorito!

BELL. P. Vamos, mujer, vamos... Aquí está mi amigo, el que tiene que acompañarla. ¿Tiene usted ya la ropa recogida?

AMA Sí, señor, sí.

BELL. P Bueno, pues hay que marcharse ahora mismo.

AMA ¿Ahora mismo?

BELL. P. ¡Ahora mismo!

BER. ¡Hombre, vas á hacer que se la retire la leche!

BELL. P. Coja usted á Robertito y andando.

AMA Sí, señor. (Mutis izquierda.)

BELL. P. Supongo que comprenderás mi impaciencia... ¡Dios quiera que no te veas nunca en una situación como la mía!

BER. Lo mismo te digo.

AMA (Sale con los dos niños y un lío de ropa, arropada en un mantón.) Señorito... ¿pero quién le ha cambiado la cinta al niño?

BELL. P. ¿La cinta? ¡Mi tío!... Ahora mismo.

AMA ¡Buena la ha hecho!... ¡Cualquiera les conoce!

BER. ¡Demonio!

BELL. P. ¿Cómo? ¿Es que usted no sabe á cuál está criando?

AMA Es un decir, señorito... Los conozco perfectamente... No tengo más que mirarlos...

BELL. P. Y yo lo mismo... No se me despintan. (Examinándoles.) Este es Robertito; el que tiene usted que llevarse...

AMA No, señorito... Este es Aquiles... El que se queda aquí... Robertito es el otro.

BELL. P. ¿Qué dice usted? Este es Roberto... Estoy segurísimo.

AMA Es Aquiles, señorito...

BELL. P. Le digo á usted que es Roberto... Y basta que yo lo diga.

AMA Yo me llevaré el que usted me mande, porque quiero igual á uno que á otro; pero el que me llevo es Aquiles.

BELL. P. Le digo que es Roberto.

AMA ¡Está usted loco, señorito!

BELL. P. ¡Insolente!

AMA Regáñeme usted, pégueme usted, despídame usted, haga usted de mí lo que quiera; pero no me obligará usted á decir lo que no es. Yo no me equivoco; es Aquiles el que me llevo. Se empeña usted en que este es Roberto, pero yo le digo que es Aquiles.

BELL. P. (La quita el otro niño.) Bueno: lo que usted quiera... ¡Pero no grite usted, que puede salir el tío! (A Bernáldez.) Prefiero ceder, porque la necesito... Que le llame Aquiles; yo llamaré á este Roberto... Pero ahora caigo en que tengo que llamarle Aquiles, porque es el nombre que conoce el tío... ¡Otra complicación!... Bueno... ¡Se llamarán, los dos, Aquiles!... Ya lo arreglaremos después... Vamos, vamos, marcharse. (Les empuja hacia la derecha.) Esperarme en el portal un momento, que voy á soltar al chico...

BER. Yo hubiera querido tomar un bocadillo.

BELL. P. Ahora, en cualquier parte... Y me lo apuntas en la cuenta de gastos.

(Mutis Bernáldez y el Ama por la derecha.)

ESCENA VI

BELLOGÍN y el TÍO. Bellogín se dirige presuroso á la izquierda y el Tío sale por el foro

T. AMÉR. ¿Dónde vas?

BELL. P. A dejar á Aquiles con su madre... Voy á salir un momento... He recibido un recado urgente... Una partida... Vuelvo en seguida.

T. AMÉR. Tráele, tráele... Yo le tendré. (Bellogín da el chico al tío y sale corriendo por la derecha.)

BELL. P. Hasta ahora mismo.

T. AMÉR. Ven con tu tío, rico... ¡Ajito al nene! (Telón.)

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Un rincón del Sardinero de Santander. Tres hoteles, dos modestos á la izquierda; el de Bellogín en primer término y el de Bernáldez en segundo, y uno muy lujoso, el de Dorotea, al fondo derecha. A éste se sube por una escalerilla de algunos tramos. Tiene puerta y ventana practicables. Tiene también, adosada á la derecha, de modo que quede frente al hotel de Bellogín, una especie de garita ó cosa análoga con verja practicable que se cierra con una tranca. En esta garita ha de caber un hombre á quien se verá perfectamente cuando sea preciso para la acción. Un banco en escena junto á cualquiera de los hoteles. Antes de empezar la escena primera del primer acto, saldrá un criado de casa de Dorotea con unas escobas, una pala ó una regadera que dejará en la garita, volviendo luego á su casa.

ESCENA PRIMERA

BERNALDEZ, con un chaquetón de cuero ó un largo impermeable y sombrero de fieltro de alas caídas. UN PINTOR con blusa larga y en la mano un cubito de pintura y pinceles. En seguida JULIÁN

BER. (Habla con el Pintor á la puerta de su casa.) Ya sabe usted que la muchacha no volverá hasta cerca del mediodía; de modo que, si mientras viniera alguien preguntando por mí, que se espere... ¿Me ha comprendido?

PINTOR Sí, señor; comprendido. (Se mete en la casa.)

BER. Me parece que no me ha comprendido. (Desciende á la escena.) Es un buen obrero, pero mejor bebedor; y creo que ya ha empezado su faena. (Acción de beber.)

JUL. (Saliendo.) Buenos días, tío.

BER. Hola, Julián... ¿Has visto á la muchacha?

JUL. Sí; y por eso vengo... Me ha dicho que usted me aguardaba... ¿Qué ocurre?

BER. Tengo que decirte algo muy importante.

JUL. Estoy á sus órdenes; vamos á casa.

BER. No, no; á mi casa no... Me están pintando las puertas y un par de habitaciones y hay un olor insoportable... Pienso pasarme fuera todo el día...

JUL. Ahora me fijo en que está usted vestido como para hacer una excursión al Polo.

BER. No voy al Polo, pero sí á embarcarme... Tengo un miedo tan espantoso al mar, que no me he embarcado más que una vez en mi vida; hace treinta y siete años. Hoy vuelvo á arriesgarme...

JUL. Pero, querido tío, si tiene usted miedo al mar, ¿por qué se embarca?

BER. ¡Porque no tengo más remedio!... Todos mis amigos me toman el pelo diariamente y ya no les puedo sufrir. Hoy me decido; hoy me embarco; hoy voy con ellos de excursión al Astillero. Embarcado á la ida y embarcado á la vuelta... ¡Dos veces! ¡Así me dejarán en paz!... Pero como no estoy seguro de volver á casa...

JUL. (Riendo.) ¿Que no está usted seguro de volver?

BER. ¡Quién sabe!... Por si acaso no vuelvo, te he mandado llamar para confiarte un secreto del que soy depositario; mejor dicho, para acabártelo de confiar, puesto que el otro día te dije algo... Se trata de Bellogín.

JUL. Ah, vamos, sí...

BER. Este Bellogín tiene un hermano gemelo.

JUL. Sí, ya me lo dijo usted... Pero lo que me resulta raro es que no sepa que tiene ese hermano mellizo.

BER. Pues no lo sabe; y el otro hermano también ignora la existencia de éste... Creo que ya

te he contado por qué me lo traje á Santander á los pocos días de su nacimiento...

JUL. Sí... sí...

BER. Se trataba de defender una herencia.

JUL. Sí, sí...

BER. Mi amigo Bellogín pensaba que su tío no iba á durar mucho, porque, además de ser casi viejo, tenía una salud muy delicada... Pero hay personas, delicadas de salud, que viven delicadamente treinta y cinco ó cuarenta años con la regularidad de un péndulo... Este es el caso del tío en cuestión; el cual no ha querido morirse hasta hace un par de meses, á la edad de noventa y cuatro años, después de enterrar á mi pobre amigo y á su mujer, padres de estos gemelos... De manera que Bellogín, que esperaba á que el tío se muriese para confiarles su secreto á los chicos, no se lo pudo revelar nunca...

JUL. Es curioso... Pero y, ¿cómo no se lo dijo al que se quedó con él en Burdeos?

BER. Porque temió que se le escapara alguna vez delante del tío, con el cual andaba siempre por América y por todas partes... Solo cuando se sintió enfermo de muerte le llamó á la cabecera de su lecho y le dió una carta cerrada y lacrada, diciéndole: «En cuanto el tío se muera, preséntate con ella al señor Bernaldez, en Santander.»

JUL. ¡Muy interesante!

BER. Por él mismo he sabido la escena... Hace ocho días me ha escrito desde el Havre, participándome su llegada de América y su impaciencia por presentárseme; me decía que le era preciso pasar por París y por Madrid para arreglar unos asuntos, pero que aquí vendría inmediatamente.

JUL. ¿De modo que usted no le ha visto nunca?

BER. Solo una vez; cuando acababa de cumplir veinticinco días...

JUL. Entonces no le reconocerá usted ahora...

BER. Claro que no... Y eso que si es verdad lo que me decía su pobre padre, los dos hermanos deben de parecerse de un modo ex-

traordinario; en la estatura, en el color, en los ojos, hasta en la manera d e arreglarse la barba... ¡Dos verdaderos gemelos!

JUL. Y con el mismo nombre además, según usted me dijo ..

BER. Justo; por aquella confusión de los lazos que hizo su mismo tío, que en paz descanse...

JUL. ¡Y luego hablamos de las novelas!

BER. Ahí tienes por qué quería confiarte este secreto... Si por un azar yo no volviera de la excursión que voy á emprender ahora mismo, ya sabes lo que hay que decirle.

JUL. (Riendo.) ¡Pues no ha de volver usted! Si al Astillero se va en un soplo y la mar está como una balsa...

BER. Sin embargo... ¡tengo mucho miedo!

PINTOR (Saliendo de la casa con el bote de la pintura.) Oiga, señor Bernáldez, ¿es que no podré hablar con la criada?

BER. Sí, hombre; creo que sí... Vendrá antes del mediodía...

PINTOR Era para decirla que con esta pintura yo no garantizo nada; que podrá secarse muy pronto, ó muy tarde, porque eso no se puede saber... Depende, únicamente, según que la pintura es más fuerte ó menos fuerte.

BER. Bueno, bueno. (Mirando el reloj.) Ya deben estar esperándome... Se queda usted solo, porque es usted de confianza. De todos modos la chica vendrá pronto. Si antes que ella venga preguntaran por mí, ya sabe lo que le he dicho...

PINTOR Sí, sí...

BER. ¿Vamos, Juliancito? (Mutis con Julián.)

JUL. Vamos.

PINTOR Cuanto mejor y más fuerte sea la pintura, naturalmente, tanto más deprisa debe secarse. Lo que retarda el que se seque es el agua que echan en la pintura, que es larga de secar, como es natural; pues hay que esperar para que se seque á que se evapore... (Vuelve á entrar en casa de Bernáldez.)

ESCENA II

GORRIZ, irreprochablemente vestido de verano, con sombrero de paja. Se dirige á casa de Bellogín, pero se detiene un momento reflexionando. Luego BELLOGÍN

¿Debo convidarme á almorzar hoy en esta casa? Quizás no sea prudente, porque comí ayer y he almorzado ya dos veces en esta semana... Y el caso es que hoy es jueves y si voy á casa de mi amigo Romero me darán salmón, según costumbre, y me gusta poco... Claro es que lo como, porque yo como de todo, pero me gusta poco... Prefiero la mesa de Bellogín, aunque no es cosa del otro jueves; tengo más confianza y no necesito una invitación formal... Por eso me siento ligado á él, sin ánimo de romper las ligaduras... ¿Queréis tener seguro á un hombre, é impedir que se escape? Dadle de comer y de beber generosamente y no pensará en huir aunque haya cometido un crimen espantoso... Los buenos manjares y los buenos vinos sujetan mejor que las más fuertes cadenas; con la particularidad de que al irse ensanchando le atan á uno con más fuerza... (Pequeña pausa.) En casa del amigo Quiroga se come muchísimo mejor que en la de Bellogín; pero suelen poner pollo, y del pollo no me atrevo á servirme la pechuga, que es lo que más me gusta, por miedo á que no me vuelvan á invitar... Y es que Quiroga es de esas personas falsas que le dicen á uno: «¡Qué poco se sirve usted, Gorriz!» y si se sirve uno mucho les molesta... (Soñador.) En cambio, en el solomillo todos los trozos vienen á ser iguales, y á lo mejor caen dos ó tres juntos en el plato, que estando en el plato es poco correcto devolverlos á la fuente... Ya sé que hay quien dice: «Este Gorriz, siempre justificando su apellido...»; y que algunos me comparan con el cepillo

que se pasa por el mantel después de las comidas, dando á entender que cuando yo me levanto de una mesa queda completamente limpia... Pero yo me río de eso, porque hay que reirse de las bromas que le dan á uno para no demostrar que le molestan... (Soñador.) Unos filetitos de solomillo, no muy hecho, no muy crudo tampoco, con manteca, peregil, patatas soufflées... Cuando vuelve á pasar la fuente..., no siempre vuelve á pasar la fuente... pero cuando vuelve á pasar, tomo un aire distraído y cambio de conversación. (Se acerca á casa de Bellogín.) Vaya, no tengo más remedio que convidarme á almorzar en casa de Bellogín. Aquí no necesito invitación formal. (Se aproxima á la puerta en el momento en que sale Bellogín.)

BELL. C. Calle... Gorriz... ¿Venías á almorzar conmigo?

GORRIZ No sé si podré...

BELL. C. Si venías, lo siento.

GORRIZ ¿Por qué?

BELL. C. Porque yo no almuerzo aquí.

GORRIZ ¿Qué, ya no almuerzas los jueves en tu casa?

BELL. C. Es que hoy... Hoy han ocurrido cosas que... Tú, que eres un buen amigo, debes saberlo... ¡No puedo vivir con mi mujer!... ¡Me es imposible!

GORRIZ ¡Hombre, hombre!...

BELL. C Es honradísima, bien educada, de muy buena familia, todo lo que quieras... ¡Pero tiene un carácter insoportable!... «¿A dónde vas? ¿De dónde vienes? ¿Qué haces?» No puedo moverme de un sitio, ni entrar, ni salir de mi casa sin que me siga, me espie, me pregunte... Dime tú si se puede vivir de esta manera...

GORRIZ. Acaso exageres...

BELL. C. No, no... Y hay algo peor... ¡Es de una tacañería insoportable! Siempre fué poco desprendida, esta es la verdad, pero desde hace cuatro meses que se murió su padre y nos dejó unos cuartejos, nada en total, se la ha desarrollado una avaricia... ¿Hay nada más

desagradable que una mujer joven, avara? Con decirte que hasta su madre la regaña por eso... ¡Ya ves!... ¡Tengo que alabar á mi suegra!

GORRIZ Quizás lo que tú crees avaricia sea economía doméstica, que es una virtud de las mujeres...

BELL. C. No, Gorriz, no... Yo sé distinguir. Es tacañería que llega á extremos inverosímiles... ¿Qué tomas tú por las mañanas para desayunarte?

GORRIZ ¿Yo? Nada... Me da horror comer sólo y como no puedo ir á desayunarme con ningún amigo, me reservo para el almuerzo.

BELL. C. Yo tomo una tacita de café con terrón y medio de azúcar. Echo un terrón entero; luego parto otro en dos y pongo la mitad en la taza y la otra mitad en el azucarero... ¿Podrás creer que hasta esto le parece un despilfarro, á mi distinguida esposa? Dice que los terrones partidos se desmenuzan en el azucarero y se pierden y no se pueden aprovechar... Esta mañana me ha puesto un platillo con un terrón entero y la mitad de otro, partido por ella misma, para servirme mañana la otra mitad que ha guardado aparte... (Irritado.) ¿Es que yo no puedo disponer en mi casa de dos terrones de azúcar, uno para echarlo en la taza y otro para hacer con él lo que me dé la gana?... ¿Es que no tengo derecho á gastar lo que quiera?

GORRIZ Cálmate, hombre, cálmate.

BELL. C. Pero ya se acabó... Por primera vez, desde que nos casamos, hoy me he rebelado contra su tiranía... La grité, la dije cuatro cosas fuertes, ella me contestó con otras tantas... ¡Hemos tenido la gran bronca! Y no volveré...

GORRIZ Reflexiona que...

BELL. C. No, no volveré... Y me vengaré... Ella es muy tacaña para mí, pero bien la gusta que le traiga albajas, encajes..., cosas que se puedan guardar... ¡Ah, señora, ya se acordará usted!... Mira (Saca una mantilla de debajo de

la americana, metida en su correspondiente caja.) El otro día tuve que ir á San Sebastián y la traje esta mantilla á condición de devolverla si no le gustaba... La ha gustado mucho, pero como si no... ¡La de vuelvo!

GORRIZ Bellogín, te veo en camino de hacer una tontería... Oye mi consejo, que es el de un buen amigo: vuelve á entrar en tu casa y almuerza... Si te parece fuerte entrar tú solo después de la bronca, yo me sacrificaré y almorzaré contigo..

BELL. C. No, no y no... No pienso volver, por lo menos hoy... Ya que tuve energía para insubordinarme, aprovecharé mi libertad. ¡Voy á echar una cana al aire!

GORRIZ ¿Qué dices?

BELL. C. ¿Sabes quién vive ahí enfrente? (Señalando al hotel del fondo.)

GORRIZ Sí; Dorotea.

BELL. C. Una viudita muy guapa y muy simpática y un poquito alegre, según creo...

GORRIZ La conozco mucho. Vive en la ciudad y ha venido á pasar el verano en el Sardinero, lo mismo que tú He comido algunas veces en su casa... Es una mujer muy divertida, pero no pasa de ahí, digan lo que quieran las gentes.

BELL. C. Eres agradecido... Pero ya veremos si yo la convenzo...

GORRIZ ¿Qué es lo que piensas?

BELL. C. Te lo diré: he cambiado con ella algunas palabras varias veces, y no se ha presentado mal del todo... El otro día me la encontré en el muelle y entre burlas y veras quedamos en almorzar juntos cuando se terciara... Pues ahora se tercia... Me siento otro desde que estoy libre.

GORRIZ ¿Almorzar con ella? ¿Has dicho almorzar?

BELL. C. Sí. Y si tú fueras un hombre vendrías conmigo.

GORRIZ ¿Yo?

BELL. C. ¿No quieres?

GORRIZ ¡No he dicho eso!

BELL. C. ¿Entonces, vienes?

GORRIZ Sí, hombre, sí.

BELL. C. Verás qué bien lo vamos á pasar... (Transición.) El caso es que tengo cierto reparo... ¿No te parece un poco fuerte?

GORRIZ No... Es una cosa sin importancia... almorzar fuera de casa.

BELL. C. Sí, pero con una mujer...

GORRIZ Con una mujer. ¿Y eso qué importa?

BELL. C ¿Qué dirá la mía?

GORRIZ ¡Nada!... Yo mismo prepararé el menú y me ocuparé de todo... Platos variados, vinos diversos...

BELL. C. ¡Cuando lo sepa mi mujer...!

GORRIZ Mejor; así la domesticarás; así comprenderá que no puede tiranizarse á un hombre como tú; y qne si se empeña en tasarte el azúcar irás á buscar otro azucarero donde te dé la gana...

BELL. C. ¡Eso, eso!...

GORRIZ Lo único que te pido es que cuando te reconcilies con ella no la digas que fuí yo quien te metió en esta aventura.

BELL. C ¿Me crees capaz?

GORRIZ Es que en estos casos siempre se llevan la culpas los amigos.

BELL. C. Descuida... (Dorotea aparece en lo alto de la escalera dando órdenes á una doncella.)

GORRIZ Aquí sale, precisamente, Dorotea.

BELL. C. Oye, oye... Ahora me da no sé qué de hablarla... Temo cortarme, porque es la primera vez que voy á hablar en serio á una mujer desde que estoy casado.

GORRIZ Déjame á mí... (Dorotea desciende a la escena.)

ESCENA III

DICHOS, DOROTEA, luego CILINDRO y la DONCELLA

GORRIZ A los piés de usted, Dorotea.

DOR. ¡Calle!... ¡El amigo Gorriz!... ¡Y el vecino!

GORRIZ Me estaba diciendo Bellogín que le ha invitado usted á almorzar un día, y yo le respondía que le envidiaba... ¿Quiere usted convidarnos hoy á los dos?

DOR Con muchísimo gusto... Y procuraré que no hagan ustedes penitencia; voy á dar las órdenes...

GORRIZ No se moleste usted; nosotros nos ocuparemos de todo y enviaremos...

DOR. No faltaba más... Tienen que resignarse á comer lo que haya... ¡Antonia!... (Esta se asoma á la ventana.) Dile á Cilindro que salga... Es mi cocinero y al mismo tiempo mi ayuda de cámara; todo en una pieza. El y Antoñita y otras dos criadas, son toda mi servidumbre... ¡Están los tiempos tan malos!

CIL. (Sale.) La señora me llama..

DOR. Está como siempre: borracho perdido... Desde que entró en casa hace cuatro meses, estoy esperando á que esté sereno para despedirle; pero no lo he podido conseguir... ¿Quién se atreve á poner de patitas en la calle á una persona en ese estado? Aparte de eso, cumple divinamente con su obligación... Baja, hombre, baja.

CIL. (Muy encarnado, con voz muy dulce y los ojos bajos.) ¿Qué desea la señora?

DOR. Tenemos dos convidados á almorzar.

CIL. Bien, señora.

DOR. ¿Qué nos vas á dar? ¿Qué tienes preparado?

CIL. Pastel... pastel de ave. (Siempre muy dulce.)

GORRIZ Nosotros enviaremos...

DOR. Pero por Dios, señores... ¿Creen que no voy á poder cumplir con mis deberes de ama de casa? Tenemos de todo... Y esta mañana hemos recibido una cesta... ¿Qué tenía la cesta?

CIL. Pastel... pastel de ave...

DOR. Pero, ¿es que no hay más que eso?

CIL. Sí, señora.... Huevos rellenos, lengua, pierna de carnero y otra cosa además, señora...

DOR. ¿Qué otra cosa?

CIL. Pastel. . pastel de ave.

DOR. Ya ven ustedes que estamos bien provistos...

BELL. C. Permítanos ustedes siquiera que traigamos unas botellas...

DOR. También he recibido una caja esta maña-

na... (A Cilindro.) Abrela... digo; pero si aun debe quedar del último envío... ¿Cuántas quedan de las dos docenas?... (Cilindro no contesta.) ¿Cuántas quedan?... ¿Es que no queda ninguna?

CIL. No, señora.

DOR. Si yo apenas bebo...

CIL. No, señora.

DOR. Entonces, ¿habrás sido tú?

CIL. No, señora.

DOR. ¿Se las ha llevado alguien?

CIL. No, señora.

DOR. Vete, vete... Y tenlo todo dispuesto para cuando se te avise.

CIL. Sí, señora. (Mutis en su casa.)

DOR. ¡Es imposible con él... Pero ya verán ustedes qué bien guisa.

BELL. C. Yo desearía que nos permitiera usted traer unas botellas... No estorbarán.

GORRIZ Admítanos usted este pequeño obsequio...

DOR. Admitido; no quiero hacerles ese desprecio... Y con su permiso voy un momento á un encarguito... ¿Quieren ustedes pasar á casa y esperarme?...

BELL. C. Yo tengo que llegarme á la Audiencia; me he detenido aquí demasiado...

DOR. Lo comprendo... Está usted muy cerca de su casa. (Riendo.)

BELL. C. No, no es por eso...

DOR. Ya me lo figuro. (Riendo.)

BELL. C. (A Gorriz) ¿Sabes que en vez de devolver la mantilla estoy por ofrecérsela?

GORRIZ ¡Es una idea!

BELL. C. Dorotea... ¿es usted aficionada á los toros?

DOR. Mucho, ¿por qué me lo pregunta?

BELL. C. (Enseñándola la mantilla.) ¿Qué le parece á usted esta mantilla?

DOR. No está mal.

BELL. C. Es para usted. (Se la da.)

DOR. ¡Oh! ¡Es preciosa!

GORRIZ (A Bellogín.) Es una mujer muy bien educada.

BELL. C. Me permito ofrecérsela, para que se acuerde de mí cuando la luzca en la plaza. (Aparte á

Gorriz.) ¿Qué tal me ha salido la galantería?

GORRIZ (Idem á Bellogín.) Un poco cara, porque la mantilla es de primera.

DOR. Muchas gracias, señor Bellogín... Pero no quiero aguardar tanto. Voy á ponérmela ahora mismo... ¡Antonia!... (Se quita el sombrero, se lo entrega en unión de la caja á la doncella que sale á la puerta y se pone la mantilla. Puede también Dorotea ponerse la mantilla como chal, sin quitarse el sombrero, dando á la doncella la caja para que se la lleve.) Eh, ¿qué tal? (Mutis la doncella.)

BELL. C. Está usted encantadora.

DOR. Bueno, señores; lo dicho... Hasta ahora mismo... Y que no se retrasen ustedes... (Mutis por la derecha.)

BELL. C. A los pies de usted.

GORRIZ Hasta ahora...

BELL. C. Vámonos.

GORRIZ Vamos... Oye, ¿qué vino traigo?

BELL. C. Del que tú quieras.

GORRIZ (A sí mismo.) ¡Del que yo quiera!... (Mutis los dos por el foro izquierda.)

ESCENA IV

El PINTOR. Luego, BELLOGÍN SOLTERO y FRANCISCO por el foro derecha. Después, la DONCELLA

PINTOR (Sale de casa de Bernáldez y limpia los pinceles en el arroyo.) Cuanto más fuerte sea la pintura, tanto más deprisa se seca... Algunas veces pasan tres días, cuatro días, seis días, diez días y no hay manera de que se seque... Es que tiene mucha agua; es que tiene demasiada agua... Algunas veces se seca en seguida... Se da una mano, se desvía uno un poco para darla más lejos y cuando vuelve ya está seca... Es que la pintura es fuerte... ¡Ah, miserable oficio!... Me han echado demasiada agua y es raro que así se seque pronto. (Llegan por el foro Bellogín soltero y Francisco; éste trae un maletín. Miran por la escena y por

fin se fijan en la casa de Bernáldez, ante la cual se detienen.)

BELL. S. Este es el número cuatro... sí, sí... Francisco, he aquí la casa del señor Bernáldez... Estoy emocionado, conmovido... Por fin voy á conocer el secreto que tiene que revelarme este desconocido...

FRAN. ¿Es el de la carta que el padre del señor le entregó al señor?

BELL. S. Sí, sí... (Al Pintor, que vacía su cubito á la puerta.) Dispense usted... ¿Vive aquí el señor Bernáldez?

PINTOR ¿Bernáldez?

BELL. S. Sí. ¿No vive aquí?

PINTOR Sí tal, señor... Se llama Bernáldez.

BELL. S. ¿Se le puede ver?

PINTOR Claro que se le puede ver.

BELL. S. ¿Hace usted el favor de decirle que hay aquí un caballero que desea hablarle?

PINTOR No está en casa el señor Bernáldez.

BELL. S. ¿Que no está en casa?... Pues como dice usted que se le puede ver?

PINTOR Se le puede ver... se le puede ver... ¡Naturalmente que se le puede ver!... En cuanto vuelva...

BELL. S. ¿De modo que ha salido?... ¿Y sabe usted cuándo volverá?

PINTOR Ah, señor.. Puede que antes de anochecer; puede que no vuelva nunca... (Enseñándole la pintura.) Esta pintura no se seca bastante deprisa, ¿sabe usted? Y voy á decirle por qué... ¡Porque tiene demasiada agua!... Como no está pura, pues no puede secarse tan pronto... El señor Bernáldez, volverá muy tarde, pero puede usted esperarle. (Mutis en la casa.)

BELL. S. ¡Qué contratiempo!... ¡Con el ansia que tengo de hablar con él!

FRAN. Es cuestión de unas horas... Volveremos á la tarde...

BELL. S. Claro... Pero, además, perderemos un día. Ya sabe usted que necesito volver, cuanto antes, á París.

FRAN. Sí, sí... Siempre llegará el señor á tiempo

para derrochar el dinero con cuatro pelinduscas...

BELL. S. Y ahora que soy rico, ¿para qué lo quiero? No tengo familia...

FRAN. ¡Así tocarán ellas á más!... ¡Oh, París, París!... ¡Me da miedo París, por el señor! Lo que le convendría al señor, para que yo estuviese tranquilo, es un país donde no hubiera más que negras.

BELL. S. (Riendo.) ¡No estaría mal!... En fin, aprovecharemos el día para ver Santander, ya que no hay más remedio. Es una ciudad muy simpática y las gentes deben ser muy amables... Lo menos cinco ó seis personas me han sonreído en la calle, como si me conocieran.

FRAN. ¡Desconfíe el señor! ¡Desconfíe! Ya sabe el señor que este es un puerto de mar, y habrá, como en todos, una porción de gentes dedicadas á explotar á los extranjeros...

BELL. S. Pero, hombre: usted no ve más que explotaciones y asechanzas por todas partes...

DONC. (Abre la ventana para limpiar los cristales y se fija en Bellogín.) Hola, señor Bellogín... Todavía no está el almuerzo, pero le falta poco... Y ya verá usted cómo se ha esmerado Cilindro... (Mira hacia el foro.) ¡Huy!... Ya vuelve la señora... ¡No quiero que me pille de palique! (Mutis cerrando la ventana.)

BELL. S. ¿Ha oído usted, Francisco? ¡Me ha llamado mi apellido! Luego me conoce perfectamente. Dice que esperaba á su ama, y allí viene, en efecto, una señora...

FRAN. ¡Desconfíe el señor!

BELL. S. ¿Y por qué?

FRAN. ¿No le da mala espina que sepa cómo se llama el señor?

BELL. S. Hombre, sí me sorprende un poco, pero no me asusta...

FRAN. Debe dedicarse á tomar los nombres de los viajeros por los hoteles... Es una manera de ponerse sobre la pista de la gente rica, en los puertos de mar..

BELL. S. Tranquilícese usted, que ya no soy ninguna

criatura... Y además, ¿qué es lo que puede hacerme?

FRAN. Desplumar al señor.

BELL. S. ¡Cómo tiembla usted por mis plumas!

FRAN. Desde que el señor es tan rico, tengo siempre miedo por el señor... Veo siempre al señor en una emboscada... Y con esa costumbre que tiene el señor de sacar á todas horas la cartera repleta... ¡Eso tienta á cualquiera! El señor debería dármela á guardar.

BELL. S. ¡Bah!... Total no llevo en ella más que unos cuantos billetes.. Lo preciso.

FRAN. Lo bastante para tentar á los malhechores.

BELL. S. Tómela. (Se la da.) Me deja usted con tres duros y pico... Es usted mi Consejo judicial.

FRAN. Ahí viene esa señora.

BELL. S. Y muy bonita que es..

FRAN. Así, así... Veo que el señor se dispone á hacer una tontería.

BELL. S. No tenga cuidado, Francisco. No me conoce usted bien. Soy más razonable de lo que usted se figura.

ESCENA V

DICHOS y DOROTEA. Luego CILINDRO

DOR. (Entra y le tiende la mano á Bellogín.) Hola... Ya estoy de vuelta.

BELL. S. (Después de un momento de vacilación le da la mano.) Sí... ya...

FRAN. (Aparte.) ¡Ay, Dios mío! ¡Estamos perdidos! (A Bellogín.) ¿Por qué la ha dado la mano el señor?

BELL. S. ¡Hombre!... ¡Me parecía feo!...

DOR. Le doy las gracias, porque ya veo que ha despachado usted pronto sus asuntos por venir á verme en seguida... Podemos almorzar cuando usted quiera.

BELL. S. Pero...

FRAN. (Aparte.) Rehuse el señor... Discúlpese el señor...

BELL. S. (Idem.) Desde luego... (A Dorotea.) Pero... (La contempla, la encuentra guapa y se decide.) Cuando usted disponga...

FRAN. (Aparte.) ¡Ay, ay, ay!... ¡Después de tantos días viajando sin parar!

DOR. Pues vamos cuanto antes, (Sonriendo.) porque supongo que no querrá usted estar mucho rato... delante de esa casa. (Señala á la de Bellogín casado.)

BELL. S. Me es igual... ¿A mí qué me importa esa casa?

DOR. Vamos, vamos... ¡Mucho cuidadito, no le vea la señora de Bellogín!

BELL. S. ¡La señora de Bellogín no existe!

DOR. ¡Bravo! ¡Bravo!... ¡No quiere usted que hablemos de eso!... Comprendido... ¡No existe la señora de Bellogín!

BELL. S. Claro que no.

DOR. No existe la señora de Bellogín... (Aparte.) ¡Estos hombres casados!... (Alto.) ¿Sabe usted que mañana tenemos regatas?... ¡Es muy divertido en verano su pueblo de usted!..

BELL. S. ¿Mi pueblo?... ¡Yo no soy de Santander! Ni le conozco siquiera. Hoy le he visto por primera vez.

DOR. Conque sí, ¿eh? Estamos enterados... No está usted casado... No es usted de Santander... Perfectamente. Descuide usted, que no cometeré ninguna indiscreción.

BELL. S. He llegado esta mañana de Madrid, y hace cuatro días estaba en París.

DOR. Muy bien, muy bien... ¡En París!... Vous n'êtes pas marié, vous n'êtes pas du Santander...

BELL. S. Non, madame... Moi, j'y viens aujourd'hui pour la première fois...

DOR. Habla usted bien el francés... Ha llegado esta mañana de Madrid; hace cuatro días estaba en París. (Ríe.) ¡Vaya un punto!

CIL. (Sale.) La mesa está servida... Sólo espero las órdenes de la señora.

DOR. Vamos allá. (Se dirige á su casa.)

FRAN. Si el señor me da permiso... Ya le dije al

señor que tengo unos primos en Santander, y ya que por casualidad hemos venido...

BELL. S. Sí, váyase... Y vuelva á la tarde.

FRAN. (Irónico.) Volveré y le daré algunos consejos al señor, ya que el señor me lo permite. (Mutis por el foro.)

DOR. Pero, cómo, ¿despide usted á su criado? Podia haber almorzado con los míos.

BELL. S. Muchas gracias... Tiene que hacer.

DOR. Andando, señor Bellogín... Esperaremos á Gorriz en la mesa.

BELL. S. (Aparte.) ¿Quién será este Gorriz? (Alto.) ¿Tiene usted mucho interés en que Gorriz almuerze con nosotros?

DOR. Yo no... ¿No es usted quien le ha invitado?

BELL. S. ¿Yo?... (A Cilindro.) Si viene el señor Gorriz, dígale que la señora y yo almorzamos solos. Que me dispense.

DOR. (Da órdenes á Cilindro y mientras se quita la mantilla.) Le advierto á usted que he dado el golpe con su mantilla... Estoy contentísima con su regalo... (Mutis en su casa.)

BELL. S. ¿Con mi regalo? Esto quiere decir que me va á mandar la cuenta... Por lo visto no se anda con cumplidos... En fin, ya veremos lo que resulta... (Entra en casa de Dorotea, cuya puerta se cierra.)

ESCENA VI

GORRIZ. Luego CILINDRO, la DONCELLA, DOROTEA y BELLOGÍN SOLTERO

GORRIZ Seguramente no habrá llegado Bellogín todavía; porque siempre que tiene que ir á la Audiencia le asáltan una porción de importunos y le retrasan la hora del almuerzo... ¡Lo sé por experiencia!... Pero hemos quedado en que le aguardaría en casa de Dorotea... Tomaré un vermouth; no porque lo necesite, si no como pasatiempo... (Llama.) ¡Me voy á poner como nuevo!... (Llama.) Y

en casa de estos tontos, cuanto menos discreción mejor... Cuanto más se come, más se les hace reir... Reirán, reirán... (Llama.)

CIL. (Abre.) ¿Qué desea?

GORRIZ ¡Hola, Cilindro!... ¿No habrá venido aún el señor Bellogín, verdad?

CIL. El señor Bellogín está aquí ya... (Gorriz se dispone á entrar alegremente.) Pero haga usted el favor de no entrar... El señor Bellogín ha dicho que no entre usted.

GORRIZ ¿Qué estás diciendo?... Déjate de bromas.

CIL. No es una broma... El señor Bellogín, ha dicho que no se le deje á usted entrar.

GORRIZ Vamos, vamos; déjame pasar, ¡so curda!

CIL. Yo soy un curda, pero el señor Bellogín ha dicho que no entre usted. (A la Doncella, que sale.) ¿Verdad, Antonia?

DONC. Así es, señor Gorriz... El señor Bellogín ha vuelto á encargarme que no pasara usted...

GORRIZ ¿Pero qué tonterías estais diciendo? ¡Yo quiero entrar! (Mutis Cilindro y la Doncella cerrando la puerta. Gorriz la golpea. Doroteá se asoma á la ventana.) ¿Ha oído usted lo que dicen estos majaderos?

DOR. Amigo Gorriz... Es Bellogín quien quiere que almorcemos solos...

GORRIZ ¡Pero esto es una barbaridad!...

BELL. S. (Aparece á la ventana.) ¿Qué desea usted, caballero?

GORRIZ (Ríe.) Tiene gracia, tiene gracia... Vamos, vamos; dí que me abran la puerta.

BELL. S. No tengo el honor de conocerle, caballero.

GORRIZ Vamos, no hagas más tonterías, y dí que me abran.

BELL. S. Lo que le digo á usted es que no comprendo nada de esto... Y le ruego que no me tutee, porque hasta en broma me molesta.

GORRIZ Ya te estás poniendo muy pesado... O me abren la puerta, ó se lo digo todo á tu mujer.

BELL. S. ¿A mi mujer?

GORRIZ No me desafíes, que se lo cuento inmediatamente.

BELL. S. Y yo le suplico que se lo cuente... Pero pri-

mero, á ver si la encuentra, y luego dígame dónde vive.

DOR. (Riendo.) ¡Si no está casado!

GORRIZ ¡Bellogín!

BELL. S. ¡Vaya usted á paseo!... (Cierra violentamente la ventana.)

GORRIZ ¡Pues era de veras!... Pero ya me las pagará... Lo peor es que apenas me queda tiempo para ir á casa de Romero. ¡Salmón!... No hay más remedio... Y Dios quiera que llegue á tiempo... (Se va corriendo por el foro. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

GORRIZ y la DONCELLA; luego BELLOGIN SOLTERO. Gorriz llega por el foro en el mismo instante en que la Doncella sale de su casa

DONC. Buenas tardes, señor Gorriz... ¿Qué hay?

GORRIZ Hay... que estas bromitas son muy desagradables... Sobre todo cuando se gastan á la hora crítica de... Yo no tenía nada preparado en casa y tuve que ir corriendo á la de mi amigo Romero: pero llegué tarde... Ya estaban acabando.. Y como no era cosa de decirles «aquí vengo á almorzar», pues les dije que ya había almorzado. Entonces me ofrecieron dos pedazos de torta, y tomé también dos tazas de café... ¡Esto no es comer formalmente!... No es que me importe el almuerzo; lo que me fastidia es el proceder de Bellogin...

DONC. Dice usted muy bien; y debe usted pedirle una explicación... ¿Por qué no entra usted ahora?

GORRIZ ¿Yo?... ¿Entrar en esa casa?... ¡Jamás!

DONC. Hace un ratito que acabaron de almorzar... Ha sido muy largo el almuerzo...

GORRIZ ¿Muy largo, eh?

DONC. Con permiso de usted voy á un encargo de la señora... (Mutis izquierda.)

BELL. S. (Hablando á la puerta de Dorotea.) Una vueltecita nada más. Es mi costumbre después de comer. (Saluda vagamente á Gorriz.) Me parece que este es el tipo que vino antes... Y el caso es que estuve con él un poco duro... Dispense usted, caballero, ¿por dónde llegaré antes á la playa?

GORRIZ Caballero... ¡no le conozco á usted!

BELL. S. Toma... ¡ni yo á usted tampoco!... Pero eso no importa para que me diga lo que le pregunto.. Vamos: me guarda usted rencor porque antes no le seguí la broma, ¿no es eso?

GORRIZ Le digo á usted que hemos acabado... Romper así una amistad antigua; por una tontería.

BELL. S. Vaya, vaya: se pone usted ya demasiado cargante con esas historias... ¿Es que yo le había invitado á usted?

GORRIZ ¿Sabe usted dónde voy ahora mismo? ¡Allí! (Señala la casa de Bellogin casado.)

BELL. S. ¿Va usted á esa casa?

GORRIZ Sí... A cumplir mi promesa... A contar algo interesante... ¡A vengarme!

BELL. S. Bueno: sigue usted con la bromita... Será muy graciosa, pero yo no le veo la punta. (Gorriz entra en casa de Bellogin casado.)

ESCENA II

BELLOGIN SOLTERO y DOROTEA

DOR. (Asomándose á la ventana.) ¿Aquí todavía?... Creí que estaría usted ya en la playa.

BELL. S. No sé si ir á la playa ó á la ciudad.

DOR. Si va usted á la ciudad, espérese y me hará usted un favor. (Se retira.)

BELL. S. Con mucho gusto... ¿Qué se le ocurrirá?

DOR. (Sale con la mantilla en su caja y un estuche de pulsera.) He pensado una cosa; no sé que le parecerá á usted... Quisiera que se llevara usted

otra vez la mantilla para que me la reformaran. No es que me disguste, pero la prefiero de toalla y es bien fácil el arreglo... Ya que me la regala, que sea completamente de mi gusto... ¡Y usted perdone la franqueza! (Le da la mantilla.)

BELL. S. ¡No faltaba más!... Ya sabe usted que puede mandarme cuanto quiera.

DOR. Mandarle no; pero sí le voy á rogar otra cosa... Mire usted... (Mostrándole la pulsera.)

BELL. S. (Aparte.) Vamos... Otro regalo mío.

DOR. Se me ha extraviado el brillantito de enmedio... ¿Quiere usted encargarse de que lo sustituyan?

BELL. S. Con mucho gusto. Venga. (Toma el estuche.)

DOR. Gracias y hasta luego. ¡Que le espero pronto!

BELL. S. Pronto, sí; volveré pronto. En cuanto dé una vueltecita. (Mutis Dorotea en su casa.) Lo que es como guapa, es guapa, pero franca también lo es. ¡Digo! Arreglar la mantilla, poner un brillante á la pulsera... Me va á salir el almuerzo un poco caro... En fin, veremos á ver cómo acaba esta aventura... ¿Por dónde tendré que tirar para ir á la ciudad? Debe ser por aquí. (Mutis izquierda.)

ESCENA III

BELLOGIN CASADO. Luego CLEMENTINA y GORRIZ

BELL. C. (Por el foro derecha.) ¡Qué barbaridad! Creí que no me soltaban nunca.. ¡Las dos y cuarto! ¡Vaya un plantón que les he dado á Dorotea y á Gorriz!... Pero no tuve más remedio que soportar la lata de un pobre diablo que quiere que defienda á un hermano suyo que ha hecho no sé qué cosas... Apenas me he enterado, porque estaba impaciente viendo cómo pasaba el tiempo... También me he detenido un buen rato en la Relatoría, donde fuí á presentar mis conclusiones en la causa que tengo entre manos. Estoy satisfecho... Mi defendido está acusado por su mu-

jer de adulterio con pruebas. Yo destruyo esas pruebas y pido la absolución, demostrando con textos legales antiguos y modernos, que el hombre que engaña á su mujer no comete ningún delito, sino á lo sumo una falta insignificante. Es decir, no estoy seguro de haberlo demostrado; pero parece que sólo con la presentación de esos textos justifico ante mis propios ojos la pequeña calaverada que voy á hacer y hago triunfar la independencia de mis ideas; independencia de ideas muy necesaria á todo ciudadano que engaña á su mujer... Así ahora puedo creerme que al almorzar con la linda criatura que me espera, á espaldas del domicilio conyugal, estoy en el pleno ejercicio de un derecho, ó, cuando menos, amparado ó disculpado por algunas leyes muy simpáticas. Voy á faltar á mi mujer, por lo tanto, más que por deseo por convencimiento. Vamos allá. (Se dirige á casa de Dorotea en el momento en que Clementina sale de la suya seguida de Gorriz.) Caramba, mi mujer... ¡Qué inoportunidad!

CLEM. (A Gorriz.) Mírele usted, mírele usted. Y puede que se atreva...

BELL. C. ¡Gorriz también!... Creí que me esperaba en casa de Dorotea y estaba en la mía, por lo visto.. ¿Qué será esto?

CLEM. (A Begollín.) ¿Sabe usted á dónde voy?

BELL. C. No... ¿A dónde?

CLEM. Aquí, muy cerquita.. A casa de mi madre... Necesito verla inmediatamente; contarla lo que usted me ha hecho; enterarla de sus mañas.. ¡Qué chasco me ha dado usted!

BELL. C. Bueno, bueno... Que venga en seguida... Yo también la diré que si te he dicho lo que te he dicho, ha sido porque eres insufrible.

CLEM. Si no me importa nada lo que me has dicho sino lo que me has hecho... ¿Para qué me has quitado mi mantilla? ¿Dí?... ¿Para qué me la has quitado?...

BELL. C. (Cortado, mirando á Gorriz que hace signos negativos.) ¿Yo?... ¿Tu mantilla?... Te aseguro que...

CLEM. ¡No mientas! ¡Has sido tú! ¿Quien me la iba á quitar? ¿Es que prefieres que sospeche de los criados?

BELL. C. Te aseguro que...

CLEM. Yo sí que te aseguro... Se lo voy á contar todo á mi madre; todo, todo. (Mutis por la derecha muy indignada.)

BELL. C. (A Górriz.) ¿Quieres explicarme?...

GORRIZ No necesito explicarle nada... Sólo le diré que yo no la he dicho una palabra porque no era necesario... Cuando entré en su casa ya había ella notado la hazaña de usted y estaba indignadísima. Mi conciencia está tranquila porque me he vengado, como le prometí, sin poner nada de mi parte... Me alegro mucho.

BELL. C. ¿Pero quieres decirme qué significa esto? ¿Por qué me llamas de usted? ¿A qué viene ese aire solemne?... ¿Qué es eso de venganza, y de promesas, y de...? Vamos, explícame este lío...

GORRIZ ¿Y aun tiene la frescura de preguntármelo? ¡Ya estoy vengado! ¡Tome usted bromitas? Usted lo pase bien. (Mutis.)

BELL. C. Gorriz, Gorriz... Pues señor, no lo comprendo... ¡Qué complicación! A mí no me importaba engañarla, pero esto de la mantilla es poco delicado, esta es la verdad... Creo que me he excedido regalándosela á Dorotea así tan de repente... Como no tengo costumbre de hacer estas tonterías me ha salido mal la primera... ¡Qué complicación!... No voy á tener más remedio que decírselo (Señalando la casa de Dorotea.) á ver si quiere ayudarme á salir del conflicto... Es un poco fuerte, pero no hay otra solución... ¿Por qué me habré metido á ser galante si no estoy acostumbrado? (Dorotea abre la ventana y le ve cuando él se disponía á subir.)

ESCENA IV

BELLOGIN casado y DOROTEA

DOR. ¿Cómo, ya de vuelta? (A la ventana.)

BELL. C. Sí, ya... (Aparte.) Por lo visto no se la ha hecho el tiempo tan largo como á mí. (Alto.) Me detuvieron en la Audiencia. ¡Hay que soportar tantas latas en esta profesión! ¡Creí que no me dejaban!

DOR. Pero, ¿ha tenido usted tiempo de ir hasta la Audiencia?

BELL. C. (Aparte.) Me parece que me está tomando el pelo. (Alto.) Crea usted que he sentido con toda mi alma la tardanza... Estaba deseando venir, entre otras cosas porque tengo que decirle algo; algo...

DOR. ¿Sí? Voy inmediatamente. (Se retira de la ventana.)

BELL. C. No, no salga usted. Ahora subo yo...

DOR. (Sale y se coloca á su lado.) ¿Qué es ello, amigo Bellogín?

BELL. C. Pero, ¿por qué se ha molestado usted en salir? Entremos, entremos en su casa... Pudiera ocurrir que me viese aquí mi mujer y no hay necesidad.

DOR. ¿Su mujer? (Riendo.) ¿Pero no hemos quedado en que no es usted casado?

BELL. C. ¿Que no soy casado?

DOR. ¿Ya se puede hablar de eso?

BELL. C. Pero, ¿quién lo ha prohibido?

DOR. ¡Qué tipo! Tous les hommes sont epateurs, et vous aussi, naturellement.

BELL. C. ¿Cómo?

DOR. Tous les hommes sont epateurs, et vous aussí, naturellement.

BELL. C. No la comprendo nada.

DOR. ¿También ha olvidado el francés? (Ríe.)

BELL. C. ¡No lo he sabido nunca! Pero entremos.

DOR. ¿No era urgente lo que tenía usted que decirme?

BELL. C. Así, así... Es una cosa un poco... un poco...

¡No sé cómo expresarme! Un poco rara... La mantilla que he tenido el gusto de ofrecerla era de mi mujer; es decir, no era para ella, pero ella creía que sí, porque la ha visto en casa. Me ha dicho que dónde la he puesto y yo la he contestado que no la he cogido; pero luego he pensado que puede echar la culpa á una criada, que se trata de un robo, y, francamente, no quisiera llegar á este extremo. ¿Comprende usted?

DOR. No del todo.

BELL. C. Digo que convendría volverla á dejar en su sitio... Pero yo la aseguro que no perderá usted nada; al contrario, ganará, porque la prometo regalarla otra mejor, mucho mejor que esa.

DOR. Bueno; pero de tohalla, que sea de tohalla, que ya sabe usted que es como me gusta.

BELL. C. ¿Le gusta de tohalla? Bueno, pues de tohalla. ¡No sabía nada!

DOR. Pero lo que ha debido usted hacer, en vez de decírmelo, es traerme la que me promete y poner la otra en su sitio. Así ganaba tiempo.

BELL. C. (Aparte.) ¡Le ha sentado mal!... Ya me lo suponía yo... Como que el caso es un poco fuerte.

DOR. ¿No hubiera estado mejor, señor Bellogín?

BELL. C. (Riendo forzadamente.) ¡Se está usted burlando! ¿Cómo iba á ponerla en su sitio sin que usted me la diera?

DOR. Claro... pero después de dársela, sí.

BELL. C. Bueno... Pues haga usted el favor de dármela.

DOR. ¿Otra vez?

BELL. C. ¿Cómo, otra vez?

DOR. Pero, hombre de Dios, ¿dónde tiene usted la cabeza? ¿No se la di para que la reformaran al mismo tiempo que la pulsera?

BELL. C. ¿Que me la dió? ¿Y una pulsera? ¿A mí? Dorotea: usted está confundida.

DOR. ¡Qué bromista ha venido usted de la Audiencia!

BELL. C. Nada de bromas. Hablo muy en serio.

DOR. ¿Muy en serio?.. (Excitándose.) ¡De manera que niega usted! ¡Pero qué clase de hombre es éste! ¡Es un bandido! ¡Es un asesino! ¡Es un Pranzini!

BELL. C. ¿Quiere usted decirme qué comedia es ésta?

DOR. (Retrocede.) ¡No se acerque usted! ¡No se acerque usted! ¡Ay, Dios mío! ¡Cómo había de figurarme! Pero esto no puede quedar así... ¡Y no quedará! (Se mete corriendo en su casa y cierra la puerta.)

BELL. C. ¡Demonio, demonio!... ¡Dónde me he metido! Esta es una criatura peligrosísima... Y decía Gorriz que era una infeliz, ó poco menos... Bien claro está que trata de darme un timo... Y eso me importaría poco, después de todo; lo que siento es el escándalo. Voy á tomar mis medidas. ¿Por qué me habré metido á calavera sin estar acostumbrado? (Mutis foro derecha.)

ESCENA V

CLEMENTINA, DOÑA JUANA. Luego BELLOGÍN soltero.

CLEM. Ya no está aquí; puede que haya entrado en casa... ¡Se acordará de mí!

JUANA Calma, Clementina... No conviene tampoco tratar á un marido con demasiada dureza.

CLEM. En este caso, sí, mamá. ¿Te parece bien que se haya llevado la mantilla?

JUANA Ni mucho menos. Lo que convendría averiguar es para quien se la ha llevado; porque supongo que no habrá sido para él.

CLEM. (Cambiando de tono.) Para nadie; de eso estoy segura... Me dijo que la había traído á condición de devolverla si no me gustaba y habrá querido castigarme por la escena de esta mañana.

JUANA Entonces...

CLEM. Pero conviene que le regañes tú también, para no perder yo mi autoridad. El ha cogido la mantilla y no se ha atrevido á confe-

sármelo; pero ya verás cómo me la devuelve y no se atreve á defenderse... Siempre hago de él lo que quiero.

JUANA Mira, mira; aquí viene. (Aparece Bellogín soltero por el foro izquierda con la caja de la mantilla bajo el brazo.)

BELL. S. Nada, que no sé por dónde se va á la ciudad... Estoy desorientado. (Saluda desde lejos á doña Juana y Clementina y luego se acerca un poco.) Ustedes dispensen; ¿por dónde se sale para tomar el tranvía?

CLEM. ¿Qué dice? (A su madre.) ¡Y trae la mantilla! (A Bellogín) ¿Es que quiere usted desafiarme?

BELL. S. ¿Yo?... No tengo el gusto de conocerla.

CLEM. Pues yo le diré á usted quién soy... ¡Perdido!... Venga esa mantilla.

BELL. S. ¿Qué dice usted, señora? Esta mantilla no es de usted...

CLEM. ¿Cómo que no es mía?

BELL. S. ¡Como que no!... No dudo que tenga usted una muy parecida, tal vez igual... ¡es posible!... Pero ésta es de una señora que me la ha entregado no hace mucho... Una señora, muy guapa por cierto, sin ofender á nadie.

CLEM. ¡Miserable!

BELL. S. Solo desde esta mañana la conozco y ya estoy casi, casi enamorado de ella...

JUANA ¿Qué dice este hombre?

CLEM. ¡Esto es vergonzoso!

BELL. S. No hay nada de vergonzoso en esto... Yo soy libre, y por consecuencia no hago daño á nadie.

CLEM. (Se le acerca.) ¿Qué tú eres libre? ¿Qué tú eres libre? Perfectamente; voy á declararte una cosa... Yo también soy libre.

BELL. S. Muy bien, señora... Jamás le he dicho á usted lo contrario.

CLEM. ¿Y sabe usted lo que voy á hacer?... Ese tenientito que el año pasado quería bailar conmigo en el casino .. Le voy á ir á buscar.

BELL. S. Hará usted muy mal en detenerse.

CLEM. Y esta misma tarde me marcharé de esta casa...

BELL. S. Bueno... Váyase usted; busque á ese tenien-

te, ó á un capitán, ó á un comandante... No tenga usted ningún reparo...

CLEM. ¿Oyes, mamá?... ¡Que no tenga ningún reparo!

JUANA Esto no es serio... Esto no puede ser más que una chiquillada... Vamos, Aquiles...

BELL. S. (Asombrado.) Como... ¿Y me conoce?... ¿De qué me conoce usted?

JUANA Vamos, Aquiles, no me consideres como á una enemiga y sigue mi consejo... Entra en casa, hijo mío; entra con ella en casa, y allí los dos lo arreglaréis todo, como dos tortolitos...

BELL. S. (Aparte.) ¡Ah, vamos!... Ya comprendo...

JUANA ¿Qué voy á desear yo, sino la felicidad de mi hija y la tuya también?... Ya ves como no he querido mezclarme en este asunto tan desagradable.

BELL. S. ¿Y quién le manda á usted mezclarse ni no mezclarse?... ¿Qué asunto es ese?... ¿Y quién es usted?.. ¡Ya la he dicho que no la conozco!

JUANA Te repito que vengo amistosamente.

BELL. S. ¡Y yo la repito que no la conozco, caramba! Yo no soy el Aquiles que usted cree... Me llamo Aquiles, efectivamente, pero soy Aquiles Bellogín... ¿Ha comprendido usted?

JUANA (Inquieta.) Sí, sí... He comprendido... (A Clementina.) Yo no sé que le encuentro.

CLEM. (A doña Juana.) A mí también me parece un poco cambiado.

JUANA Es verdad, es verdad... ¿Cómo es posible que esté tan desvergonzado? Vamos, Aquiles; reconoce que lo que has hecho no está bien... Un hombre que, como tú, tiene que vestirse la toga, no debe entregarse á ciertas cosas poco convenientes... Y además, ya no eres ningún chiquillo: á los treinta y siete años un hombre ya tiene que ser formal.

BELL. S. (Asombrado.) Sí; tengo treinta y siete años...

JUANA ¿Crees que no lo recuerdo?... Y bien recientes... Hace ocho días que los cumpliste, y lo celebrabamos en la mejor armonía.

BELL. S. (Idem.) Efectivamente, hace ocho días que

fué mi cumpleaños... ¡Pero qué dice usted qua celebrábamos, si entonces estaba yo en el Havre!

JUANA (A Clementina.) ¿No oyes lo que dice? ¡Me parece que ha perdido la cabeza!

BELL. S. ¿Y qué es eso que me cuenta usted de la toga?... ¡Yo no he tenido toga en mi vida!... ¡Yo no soy abogado, señora mía! Yo soy director de una compañía minera, y me he dedicado algunos años á la recolección de la caña de azúcar, y á la fabricación del cautchouc, para lo que usted guste mandarme...

CLEM. ¡Está loco, está loco!... Tiene delirio de grandezas!...

JUANA ¡Cállate, hija mía!... Cállate, y vámonos. Yo no puedo dejarte entrar en casa con un hombre en semejante estado. Hay que tomar una resolución; hay que encerrarle para su seguridad, y sobre todo para la tuya... Vámonos, que estoy intranquila...

CLEM. ¿Pero dónde vamos?

JUANA A buscar un médico... Deja á tu madre... sin necesidad de medios violentos habrá que recluirle... No se le puede dejar suelto estando como está. (Mutis las dos, retrocediendo con espanto.)

BELL. S. El caso es que he debido dejarlas hacer... ¿Yo qué arriesgaba, después de todo?... Y la chiquilla es interesante... muy interesante... (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA y el DOCTOR. Luego BELLOGÍN CASADO

JUANA (Entra con mucha precaución, seguida del doctor.) Estaba aquí, ahora mismo, pero Dios sabe dónde andará... Tal vez haya entrado en casa... ¡Qué disgusto, Señor, qué disgusto!

DOC. Escuche usted, señora... Lo que me pide usted es muy delicado... ¿Cree usted que así como así puede recluirse á una persona?... Usted me dice que está loco; pero en estos asuntos, hay que proceder con mucha prudencia.

JUANA Yo lo que quiero es que usted le examine, Doctor, y ya verá usted cómo se convence... Ya comprenderá usted que no le hubiera hecho llamar si no estuviese segurísima, si no temiera por mi pobre hija, á quien he dejado en mi casa con el susto que puede usted figurarse...

DOC. Bueno, bueno, señora; pero la repito á usted...

JUANA Aquí viene, aquí viene... Ahora se conven-

cerá usted... (Aparece Bellogín casado, despacio, por el foro derecha, como vigilando la casa de Dorotea.)

DOC. Hay que proceder con cautela... Yo le preguntaré, pero sin que parezca un interrogatorio, porque podríamos excitarle... Le diré que estoy encargado por el Municipio de hacer una información especial.

JUANA Sí, sí... Pregúntele usted su profesión, su estado, su residencia... ¡Nos ha hablado de compañías mineras, de explotaciones de caña de azúcar, de fábricas de cautchouc!... Locuras, doctor, locuras.

DOC. Chits... Ya se acerca... Buenas tardes.

BELL. C. Muy buenas, señor...: (Aparte.) ¡Anda!... Mi suegra aquí.

DOC. Me va usted á permitir que le haga algunas preguntas para un trabajo que me ha encargado el Ayuntamiento... Soy médico de la Beneficencia Municipal...

BELL. C. Estoy á sus órdenes, doctor.

DOC. (A doña Juana.) Este hombre no tiene aspecto anormal...

JUANA Ahora verá usted...

DOC. (A Bellogín.) ¿Su nombre y apellido?

BELL. C. Aquiles Bellogín

DOC. (A doña Juana.) ¿Son èsos?

JUANA Esos son; pero ahora verá usted...

DOC. ¿Su profesión?

JUANA Van á empezar las barbaridades.

BELL. C. Abogado del ilustre colegio de Santander.

DOC. (A doña Juana.) ¿Es eso?

JUANA (Asombrada.) Sí, eso es... ¡Pero no es eso lo que nos dijo antes!

DOC. No se trata de lo que dijo, señora, sino de lo que dice.

JUANA Pregúntele usted si está casado.

DOC. ¿Es usted casado?

BELL. C Completamente.

DOC. (A doña Juana) ¿Le oye usted?

BELL. C. Estoy casado con la hija de esta señora.

JUANA Pero si hace un momento no me reconocía.

DOC. Pues ya ve usted como ahora la reconoce. (A Bellogín.) ¿Dónde está usted avecindado?

BELL. C Vivo en Santander desde... toda mi vida.

JUANA ¿En Santander? ¿Y America?... ¿Y la caña de azúcar?... ¿Y el caoutchouc?...

BELL. C. ¿Qué dice usted?

DOC. Calle usted, señora, que voy á creer que quien está loca es usted... ¿Por qué pretende usted que diga él esas tonterías? ¿Qué interés tiene usted en que recluya á este hombre?

BELL. C. (Aparte.) ¡Caracoles!... ¿Es que quieren vengarse por lo de la mantilla?... ¡No es para tanto!

JUANA Es posible que ahora esté en un momento de lucidez, pero yo le aseguro á usted que hace un instante desvariaba, que decía cosas imposibles...

DOC. Pues ahora, ya le ha oído usted; habla con sus cinco sentidos...

JUANA No puedo explicármelo.

DOC. Ya la dije que en estos casos hay que proceder con mucha cautela. Afortunadamente para mí, y para usted también, yo no he obrado tan de ligero como usted esperaba. Este hombre no está loco. Puede usted tener la seguridad de que no está loco. Buenas tardes. (A Bellogin.) Buenas tardes. (Mutis. Bellogin saluda.)

JUANA Pues yo digo que sí está loco... Podrá tener ahora un momento de lucidez, pero está loco...

BELL. C. (Frente á casa de Dorotea.) Yo necesito recuperar la mantilla, porque no quiero tener que confesar que he sido engañado como un chino... Si esta mujer trataba de timarme, la daré el dinero que me pida; pero á cambio de la mantilla..

JUANA (A la puerta de casa de Bellogin.) No es posible que siga suelto; suceda lo que suceda, es preciso encerrarle. ¡Pobre hija mía! (Hace señas y salen dos criados de la casa.)

ESCENA II

DICHOS. Dos CRIADOS. Luego FRANCISCO

JUANA (A los criados.) Es preciso que os apoderéis del señorito.

CRIADO 1.º ¿Que nos apoderemos del señorito?

JUANA Sí. Está un poco perturbado y no quiere que le reconozca el médico.

CRIADO 2.º ¡Pobre señorito!

JUANA No se trata de hacerle ningún daño, sino de cogerle con muchas precauciones, cada uno por un brazo, y encerrarle en su despacho... Hará resistencia, pero vosotros le encerráis sea como sea... Y tened cuidado de retirar del despacho todo lo que pudiera servirle de arma.. ¿Habéis comprendido?

CRIADO 1.º Sí, señora, sí...

JUANA Yo me voy, porque mi presencia podría excitarle. (Mutis.)

(Los criados se acercan á Bellogín con precaución.)

CRIADO 1.º (Dulcemente.) Señorito, ¿tiene usted la bondad de entrar en casa?

BELL. C ¿Qué dices?

CRIADO 2.º Sería preferible que no nos obligara á ponerle la mano encima.

BELL. C ¿Pero qué estáis diciendo?

CRIADO 1.º No se resista, señorito, porque sería muy triste tenerle que llevar á la fuerza.

BELL. C ¿Queréis dejarme en paz?

CRIADO 1.º ¡Vamos, vamos!

(Le cogen cada uno por un brazo. Bellogín se defiende.)

BELL. C. ¡Soltadme! ¡Soltadme!

(Llega Francisco por el foro, y al ver á Bellogín sujeto corre á salvarle golpeando á los criados.)

FRAN. Ya sabía yo que le iba á ocurrir alguna desgracia... Estaba seguro de que le prepararían una encerrona.... ¡Miserables!... Pero yo no soy manco... ¡Soltadle, canallas!... (Por lograr librar á Bellogín. El Criado 2.º se va corriendo; el Criado 1.º entra en su casa.)

CRIADO 1.º ¡Caracoles! Con lo molesto que era el encarguito y le pegan á uno encima... ¡Allá se las compongan! (Mutis.)

BELL. C. (A Francisco.) Gracias, muchas gracias. Le quedo profundamente reconocido.

FRAN. ¡Oh, el señor es muy bueno!... Yo no he hecho más que cumplir con mi deber.

BELL. C. ¡Con su deber! .. ¡Cuántas personas habrá que al verme en tal peligro no se hubieran precipitado á socorrerme!

FRAN. ¿Cree el señor que yo podía mirar tranquilamente que le sujetaban dos hombres? ¡De ninguna manera' Francisco no es capaz de semejante cosa.

BELL. C. Bien, Francisco. Escúcheme. No trato de ofenderle atribuyendo á su acción ningún móvil interesado; pero desearía demostrarle de algún modo mi gratitud.

FRAN. ¡No faltaría más! Yo no he hecho eso para pedirle nada al señor... y hasta casi sentiría que el señor quisiera recompensarme por ello.

BELL. C. Comprendo su delicadeza, pero quisiera que me indicara lo que puedo hacer por usted... ¿Necesita usted algún dinero?

FRAN. ¿Cómo? ¿El señor quiere darme dinero por eso?... ¡Nunca, señor!... Yo no puedo admitirlo.

BELL. C. Bueno; pues entonces dígame usted qué es lo que desea.

FRAN. Puesto que el señor es tan bondadoso que quiere recompensarme á la fuerza, voy á pedirle un favor... Voy á permitirme pedirle. . Casi no me atrevo á decirlo.

BELL. C Diga, diga sin miedo.

FRAN. No me determino.

BELL. C. Diga, diga...

FRAN. Pues bien, señor. Hace tres años que no he visto á mi madre y desearía pasar tres semanas á su lado, si el señor no tiene inconveniente.

BELL. C. ¡Qué he de tener!... ¿Desea usted ver á su madre?... ¡Vaya usted á verla!

FRAN. ¡Qué bueno es el señor! ¡Y yo que no me

atrevía á decírselo! Con tres semanas tendré bastante.

BELL. C. Tres semanas, ó cuatro, ó cinco, ó dos meses, ó seis meses... El tiempo que usted quiera!

FRAN. No, no señor... Yo no me atrevería á estar allí seis meses... Seguramente á los ocho días el tiempo se me hará largo lejos del señor.

BELL. C. (A sí mismo.) ¡Qué verdad es que uno se siente atado á las gentes á quienes ha prestado algún servicio!

FRAN. ¿El señor necesita llevar más dinero? Aquí tiene la cartera. (Se la va á dar.)

BELL. C. No, no; muchas gracias. (Aparte.) ¡Es extraordinario! (Alto.) Guárdela usted.

FRAN. En ese caso, con permiso del señor, voy á hacer algunas compras de primera necesidad para el señor... He visto camisas de dormir muy buenas y muy baratas. El señor necesita también calcetines.

BELL. C. (Un poco confuso.) ¡Es verdad!

FRAN. El señor necesita pañuelos.

BELL. C. (Idem.) Es verdad. Este hombre es una madre para mí.

FRAN. Entonces no hay más que hablar. Voy á escribir á mis padres diciéndoles que pronto iré á verlos. ¡Cómo lo agradecerán!... ¡Cómo le bendicirán al señor!... Esto es lo único que pueden hacer, porque ya están muy viejos!... Hasta siempre, señor. (Mutis.)

BELL. C. Adiós... ¡Qué hombre tan bueno.... ¡No hay que renegar de la humanidad! Aun quedan, por fortuna, en el mundo naturalezas generosas al lado de criaturas abominables como esta mujer que me acusa de haberla robado su pulsera... (Pequeña pausa.) Yo no sé cómo arreglar lo de la mantilla. ¿Estará mi mujer en casa? (Se acerca con precaución á su casa.)

ESCENA III

BELLOGÍN CASADO, DOROTEA, un CRIADO y CILINDRO

DOR. (Se asoma á la ventana y, al ver á Bellogín, sale con Cilindro y un Criado.) Vais á coger á ese individuo y á encerrarle ahí (Por la garita.) con los trastos viejos, mientras yo voy á avisar á la policía.

(Los Criados cogen á Bellogín cada uno por un brazo.)

BELL. C. ¿Otra vez? ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que quieren?... ¡Socorro, Francisco!... ¡Francisco!

DOR. Ya sabéis lo que os he dicho. Cilindro; me respondes de él con tu cabeza. (Encierran á Bellogín y hace mutis el Criado.) Ya puedes tener mucho cuidado, ¡que si se te escapa!...

CIL. ¿Escaparse?... ¡Puede usted estar tranquila!

BELL. C ¡Miserables! ¡Miserables!

DOR. Buenas tardes, señor Bellogín. (Mutis riendo por la derecha.)

ESCENA IV

BELLOGÍN CASADO y CILINDRO. LUEGO BELLOGÍN SOLTERO

CIL. ¡Pobre señor! ¡Después que le hemos dado de almorzar al pelo, le metemos aquí para que haga la digestión!... ¡Se va á divertir! A mí no me importaría que me encerraran, porque con mi botellita lo iba á pasar tan ricamente ahí dentro (Saca una botella, echa un trago y se la vuelve á guardar.)

BELL. S. (Por el foro.) Ya dejé la mantilla y me arreglaron la pulsera. Ahora á ver cómo termina esta aventura.

CIL. (Asomándose á la verja.) Paciencia, amigo; un poco de paciencia que en seguida le sacaremos al fresco... (Ríe burlonamente; al volverse ve á Bellogín soltero y queda asombrado.) ¡Santo Dios!... ¿Qué es esto?.... ¿Cómo ha podido escaparse de aquí?... ¡Espera, espera!... (Coge la

tranca de la verja y corre tras él.) ¡Yo te diré!.. ¿Quieres burlarte de mí, canalla?

BELL. S. (Estupefacto, corre, perseguido por Cilindro, escapándose por el foro.) ¿Qué haces, borracho?... ¡Tiene un ataque de alcoholismo!... ¡Qué barbaridad!

CIL. (Que no ha podido correr tan deprisa.) ¡Se me ha escapado, se me ha escapado!... ¿Y qué voy á decir ahora? (Va á la reja.) Pero, ¿cómo ha podido marcharse de aquí estando la verja tan bien cerrada? (Ve á Bellogín casado que está invisible para el público.) ¿Eh? ¡Estoy borracho...! ¡El pobre está aquí tan quietecito y yo le quería pegar encima!... (Ríe y cierra con la tranca.) Y el caso es que no he bebido mucho... ¡Es fuerte cosa que en cuanto uno beba un poco le tienen que pasar cosas raras!... Y si siente uno sed, ¿qué va á hacer?... ¡Beber! (Vuelve á sacar la botella, bebe y se la guarda.)

BELL. S. (Sale con mucha precaución.) ¡Sigue cargando! ¡Qué animal!... Se lo diré á su ama para que le espabile...

(Cilindro ve á Bellogín soltero: éste da un salto y se escapa.)

CIL. (Sin moverse.) Corre, corre todo lo que quieras, que no he de molestarme. Esta vez no me engañarás. Ya sé que estás allí; ya sé que estás allí... (Mutis en su casa.)

ESCENA V

DICHO, DOÑA JUANA y CLEMENTINA. Luego BELLOGÍN SOLTERO

JUANA Veremos á ver si ahora está calmado y podemos hablar con él, aunque con las debidas precauciones.

CLEM. ¡Ay, mamá, qué desgracia tan grande!

JUANA Y qué le vamos á hacer... ¡El no tiene la culpa de estar loco!... Pero no es cosa de desesperarse... Ya te he dicho que cuando habló con el médico, estuvo muy tranquilo y

contestó razonablemente... Procuremos, por lo pronto, atraerle con suavidad, con dulzura...

(Llega Bellogín soltero con cautela.)

CLEM. Mírale, mamá, mírale...

JUANA ¿En la calle? Entonces, es que no pudieron meterle en casa... Mucho cuidadito, hija mía; mucho cuidadito.

CLEM. Me da pena verle en tal estado.

JUANA Sobre todo mucha amabilidad, mucha dulzura.

CLEM. No tengas cuidado, mamá.

JUANA (A Bellogín soltero.) Vamos, hijo mío; supongo que estarás arrepentido de tu conducta... Clementina te aguarda.

CLEM. Ven, Aquiles, ven; entremos en casa. Yo te perdono, y te aseguro que de hoy en adelante seré muy buena contigo; muy buena, muy buena.

BELL. S. Es verdaderamente interesante esta mujer.

JUANA Anda, tonto, anda.

BELL. S. La vieja ya no me gusta tanto.

(Bellogín casado, se asoma á la verja y ve la figura del otro de espaldas.)

BELL. C. ¡Caracoles! ¡Mi mujer con un hombre! ¡Y le acaricia!

CLEM. (A Bellogín soltero echándole un brazo por el cuello.) ¿Creías que te iba á guardar rencor? Anda, decídete; vamos á casa.

BELL. C. ¡Y le entra en casa! ¡Esto es demasiado fuerte!

JUANA ¡Todo se acabó!... Hacéis las paces y como dos tortolitos.

BELL. C. ¡Y mi suegra la ayuda!... Ahora me explico por qué querían encerrarme.

BELL. S. Después de todo, yo no voy perdiendo nada... Al contrario. (Entra en casa de Bellogín casado, seguido de doña Juana. Clementina se dispone á seguirle, pero en este momento Bellogín casado sacude la verja.)

BELL. C. ¡Clementina!

CLEM. (Se vuelve y le mira con espanto.) ¿Qué?... ¡Qué!... ¡Ha pasado allí dentro! ¿Pero cómo? ¡Yo soy quien está loca!... (Va hacia su casa y ve al otro.)

¡Y allí está otra vez! (Se vuelve y ve al casado.) ¡Y allí también!... ¿Qué es esto?... (Cae sobre el banco.)

JUANA ¿Pero qué pasa? (Desde el umbral. Ve á Bellogín casado en la reja y luego al otro en la casa.) ¿Eh?... ¡Jesús!... (Cae en el banco al lado de su hija.)

BELL. C. ¿Qué las sucede? (En este momento aparece Bellogín soltero y le ve.) ¡Dios mío!

BELL. S. (Mira al otro estupefacto.) ¿Qué es esto? (Se palpa el cuerpo como si dudara de su existencia.)

BELL. C. (Se frota los ojos.) Esto es un sueño... (Palpa las paredes, la verja, etc.) Estoy en mi cama... Acabo de despertar... Sueño, sueño todavía.

CLEM. Yo soy quien sueña... Creo que tengo dos maridos.

JUANA Quien sueña soy yo... Creo que tengo dos yernos...

BELL. S. Hay dos yo... Hay dos yo... Ustedes no sueñan: ustedes están en mi sueño.

BELL. C. Es decir: en el mío... Porque, en efecto, hay dos yo... pero ese no existe... Ese no existe.

ESCENA ULTIMA

DICHOS. BERNALDEZ por el foro. Luego FRANCISCO. Después GORRIZ

BER. (Llega corriendo.) ¿Dónde está? ¿Dónde está?... Me han dicho que ha venido y estoy deseando verle. (Ve á Bellogín casado, en la verja.) ¡Este es! ¿Pero quién te ha encerrado? Como te pareces á mi ahijado... Y sin embargo, yo no os confundiría...

BELL. C. (Impasible.) No le respondo á usted, padrino... Estoy soñando. (Bernáldez se dirige á los otros sucesivamente.)

CLEM. Estoy soñando.

JUANA Estoy soñando.

BELL. S. Estoy soñando.

BER. (A. Bellogín soltero.) No, querido ahijado, no sueñas.

BELL. S. Sí, sí: porque usted me llama su ahijado y no lo soy.

BELL. C. Estoy soñando, porque usted dice que no soy su ahijado y sí lo soy.

BER. No, no... La confusión es mía. Me he confundido de ahijado, pero ya veo que no se parecen.

TODOS Esto es un sueño.

BER. (Voz fuerte.) ¡Que no, caramba! ¿Quién es el que no es mi ahijado?

BELL. S. Yo; pero estoy seguro de qne esto es un sueño.

BELL. C. Yo quisiera que mientras dura el sueño, alguien me sacara de esta ratonera. (Clementina y su madre le abren.)

BER. (A Bellogín soltero.) ¿Tú eres el que ha venido hoy á Santander? ¿Traes una carta que te entregó tu padre al morir? (Bellogín soltero se la da y él la abre.) Toma; léela hijo mío, léela.

BELL. S. (Leyendo.) ¿Será posible? (Se la da á Bellogín casado.) ¡Tú eres mi hermano! ¡Mi hermano gemelo!

BELL. C. (Lee.) ¿Es cierto? Encontramos cada uno un hermano, que ninguno de los dos había perdido.

CLEM. Yo encuentro un cuñado.

JUANA Yo casi otro yerno.

FRAN. (Llega y se dirige á Bellogín soltero.) Ah, Señor... Acabo de escribir á mi madre. ¡Va á ser muy feliz!

BELL. S. ¿Por qué?

FRAN. Porque al fin voy á verla. (Ve á Bellogín casado.) ¿Eh? ¿Pero qué es esto?

BER. Ya lo sabrá usted. Comeremos todos juntos para festejarlo. (Sale Gorriz.) Hay que invitar á Gorriz.

BELL. S. ¡Qué empeño tiene todo el mundo en convidar á Gorriz!

GORRIZ (A Bellogín soltero.) ¿También te opones? Has acabado para mí.. Todos me darán la razón... (Coge á Bellogín casado por un brazo y le vuelve.) Figúrese usted.. (Le mira y retrocede.) ¿Qué significa esto?

BER. Ya te lo diremos después de comer... A la mesa, á la mesa.

GORRIZ ¡Quiera Dios que no me pase lo que con el almuerzo!

BER. (Al público.)
No turbéis la alegría
que inunda el pecho de los dos hermanos,
y ¡aplaudid, ciudadanos!
como en tiempos de Plauto se decía.
(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas